7931

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA.

ODETTE

DRAMA EN TRES ACTOS

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON MARIANO PIÑA DOMINGUEZ

MADRID.
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA.

1888.

18

ADICION AL CATALOGO GENERAL DE 1.° DE ABRIL DE 1888.

COMEDIAS Y DRAMAS

Homb.	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde á la Administración.
»	1	¡Abandonada! (monólogo).....	1	D. José Postigo y Acejo.....	Todo.
»	»	A deshora de la nit.....	1	Ramón Lladró.....	»
3	2	¡Ay, amor cómo me has puesto!	1	Narciso Díaz Escobar.....	»
»	»	Baltasara la pollera.....	1	F. Florez García.....	»
»	»	Belén 12 principal.....	1	Sres. J y S Alvarez Quintero	»
3	2	Cambiar de cuarto.—j. o. p....	1	D. Manuel Hidalgo.....	»
6	2	Contra pereza.....	1	Sres. Díaz y Escobar y Urbano	»
»	»	Cuidadi o con los hombres ó el merendero de Pepa.....	1	D. Javier de Búrgos.....	»
6	2	Detrás del telón—j o. p.....	1	Narciso Díaz Escobar.....	»
3	1	Dia de bodas.....	1	Francisco J. Godo.....	»
1	-	Diario original (monólogo).....	1	Narciso Díaz Escobar.....	»
6	2	El asesinato de Rizzi—d. o. p...	1	R. Fernández Miranda....	»
5	1	El amor vence al orgullo.....	1	Ignacio Morales.....	»
»	»	El doctor Ventura.....	1	Luis Valdés.....	»
»	1	El laurel de la reina (monólogo)	1	A. Jeréz Perchet.....	»
»	»	El puñal de la envidia.....	1	J. V. Rovo de León.....	»
»	»	El seminarista.....	1	Un presbítero.....	»
»	»	Entre solteros—c. o. p.....	1	Javier Gaztambide.....	»
»	»	Esgrima y amor.....	1	Sres. J. y S. Alvarez Quintero	»
-	»	Fábrica de embustes.....	1	D. Julio de las Cuevas.....	»
2	1	Florin, 30, principal derecha...	1	R. Fernández Miranda....	»
6	4	Junto al cuarto de testigos.....	1	Narciso Díaz Escobar.....	»
6	2	La barberia de Paco ó el Congresillo—j o. p.....	1	José Postigo y Acejo.....	»
»	»	La berlina azul.....	1	Santiago Gascón.....	»
»	1	La faenera (monólogo).....	1	Ramón A. Urbano	»
»	1	La primer centinela (monólogo).	1	Ramón A Urbano.....	»
»	»	Las tres caidas.....	1	Casimiro Diez.....	»
»	»	León XIII.....	1	Nicolás M.ª Rivero.....	»
»	»	Les festes de un poble.....	1	Eduardo Perlá	»
»	»	Palo de ciego.....	1	Baron de Cortes.....	»
»	»	¡Puf!.....	1	Ramón Marsal	»
2	1	Todo lo puede el amor—j. o. v .	1	Manuel Hidalgo.....	»
3	2	Un sabater filosofich.....	1	Eduardo Perlá.....	»
»	»	Valientes maridos.....	1	Manuel Altolaguirre.....	»
»	»	Vengar con sangre una ofensa .	1	Mariano Alvarez	»
7	2	La ducha.....	2	M. Pina Dominguez.....	»
»	»	Capa rota ó amores de un bandolero.....	3	Luis Maraver.....	»
»	»	El castillo de Monleón.....	3	Cándido R. Pinillos.....	»
»	»	El vencimiento.....	3	Luis Abarzuza.....	»
»	»	Odette.....	3	M. Pin Dominguez.....	»
3	2	Sufrir por agena causa.....	3	José María Vivanco.....	»
8	7	Los Burgueses de Pontarcy....	5	Luis Valdés.....	»

ZARZUELAS.

»	»	¡Á casarse, modistas!.....	1	Sres. A. Clavero y E. Broca...	L. y M.
»	»	¡Al agua patos!.....	1	D. Ángel Rubio.....	M.
14	4 c	Al pie de la Giralda.....	4	Manuel Hidalgo.....	L.
»	»	Al pozo.....	1	Casañ y T. Fdez. Grajal..	L. y M.
»	»	Á viata de pájaro.....	1	Lucio v Brull.....	M. y 1|2 L.
»	»	Bordeaux.....	1	D. Joaquín Viaña.....	M.
»	»	Candidez y travesura.....	1	Javier Gaztambide.....	M.
»	»	De buenas á primeras	1	Luis L. Mariani.....	M.

ODETTE.

ODETTE

DRAMA EN TRES ACTOS

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON MARIANO PINÁ DOMINGUEZ.

Representado por primera vez en el Teatro PRINCIPAL DE BARCELONA el 18 de Setiembre de 1888.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
Atocha, 100, principal.

1888.

PERSONAJES.		ACTORES.
ODETTE	Sra.	Tubau.
ANGELINA	Srta.	Gambardella (M.).
JULIETA		Pino.
OLGA		Ortiz.
MARTINA	Sra.	Calmarino.
EL CONDE	Sres.	Amato.
BECHAMEL		Mesa.
FELIPE		Manini.
CARDAICHAC		Peña.
EUSTAQUIO		Torrijos.
UN CRIADO		Royo (E.).
OTRO		Olona.
OTRO		La Rosa.

El primer acto en París: los otros en Niza.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Salón elegante. Puerta en el fondo de dos hojas muy anchas, que da á un corredor oscuro. En el fondo de este corredor otra puerta idéntica á la primera, que se supone da á la alcoba de Odette. Á la derecha del salón, segundo término, puerta que conduce al cuarto de Angelina. En primero, pequeña puerta incrustada en la tapicería, chimenea entre ambas puertas. Á la izquierda, primer término, puerta de entrada. En segundo término, otra puerta que da á un saloncito.

ESCENA PRIMERA.

OLGA y EUSTAQUIO.

Ambos juegan á las cartas en una mesita de juego á la izquierda: Candelabros sobre la chimenra. Sobre la mesa de juego un quinqué con pantalla.

OLGA. Á usted le toca.

EUST. ¡Ah, gracias! Barajemos.

OLGA. Se me figura que tiene usted más ganas de dormir que de jugar.

EUST. Y se le figura á usted muy bien. En cuanto dan las diez de la noche soy hombre al agua; es decir, al sueño.

673616

OLGA. Pues las diez dieron hace rato.

EUST. Ya lo creo, como que van á dar las doce. Diga usted, ¿á qué hora se acaba la función?

OLGA. ¿Qué función?

EUST. La función de la Ópera.

OLGA. Muy pronto. La señora no debe tartar.

EUST. ¡Aha! (Bostezando.)

OLGA. Cómo se conoce que no está usted acostumbrado á la vida de París. En Bretigny se acostaría usted más temprano, ¿verdad?

EUST. ¡Toma! Allí nos acostábamos todos á las nueve. El hermano del señor Conde hace una vida muy metódica.

OLGA. ¿Y por qué ha dejado usted ese pueblo?

EUST. Porque como al señor Conde le hacía falta un criado de confianza... escribió á su hermano para que le buscase, y en vez de buscarle me mandó á mí. No conozco otro, me dijo, que reuna tus cualidades. Vé á casa de mi hermano, y sírvele como acostumbras. Es la mayor prueba de cariño que puedo darle.

OLGA. Comprendo.

EUST. Por eso me he venido de Bretigny. (Sale un Lacayo con una bandeja con cartas.)

OLGA. ¿Qué traes tú, muchacho?

LAC. Cartas para la señora.

OLGA. Á ver. (Coge una y ve el sobre.) Del Conde. Bueno. Déjalas ahí. (Coloca el Lacayo la bandeja sobre la mesa.) Y en cuanto llegue el coche avísanos, ¿eh?

LAC. Corriente. (Vase.)

OLGA. Esto es lo que se llama un buen marido. No pasa día sin acordarse de su esposa.

EUST. ¿De veras?

OLGA. Hace, como sabes, quince que se marchó á sus tierras de Turena, y con esta son quince cartas las recibidas.

EUST. Se conoce que quiere mucho á la señorita.

OLGA. Oh, con delirio.

EUST. Y el hermano no la podía ver ni en pintura.

OLGA. ¿Cómo? El general...

EUST. Ni pizca. ¡Cuántas veces le he oído decir... «Apuesto á que esa señorita Odette es tan coqueta como su madre, que lo fué, por cierto, en alto grado.»

OLGA. Eso es verdad.

EUST. ¿Fué coqueta la madre?

OLGA. Se cuentan historias íntimas.

EUST. «Una joven sin talento, repetía mi amo, sin corazón... vamos, sin nada.»

OLGA. Lo cual no ha impedido que se case con el señorito.

EUST. Porque cuando se le mete á un hombre en la mollera emparentar con la que le guiña el ojo, lo hace aunque se hunda el firmamento.

OLGA. ¿Decía eso también el general?

EUST. No. Esto lo digo yo por, motu propio.

LAC. (Saliendo.) ¡Chist! Ahí viene.

OLGA. La señora. Arreglemos esto. (Cierran la mesa de juego y colocan bien las butacas.)

EUST. Gracias á Dios. Ajájá.

OLGA. Ahora tomarán el té. Vaya usted á prevenirlo todo.

EUST. Lo que quisiera yo tomar, es la cama. (Vase.)

ESCENA II.

OLGA, ODETTE, FELIPE, BECHAMEL y CARDAICHAC.

Odette en traje de soirée. Todos salen riendo.

TODOS. ¡Já, já, já!

ODETTE. Pobre tenor.

BECH. ¿Pobre? ¿Cómo pobre? Un hombre que gana todos los días cinco mil francos.

ODETTE. ¿Y de qué le sirven si desafina horriblemente?

BECH. Pero desafina con una cantidad enorme en el bolsillo, lo cual es envidiable.

FELIPE. La verdad es que un tenor es un príncipe.

BECH. Mucho más. Un emperador. Un sah de Persia.

ODETTE. ¿Cómo está la niña?

OLGA. Sigue mejor. Á las diez le dimos la última cucharadita de jarabe.

CARD. ¿Está mala Angelina?

ODETTE. Un simple constipado. ¿He tenido cartas?

OLGA. Si, señora. Aquí están.

ODETTE. Si ustedes lo permiten... (Yendo donde está la bandeja y abriendo las cartas.)

LOS TRE. ¡Oh!

ODETTE. Que sirvan el té. (Á Olga que se marcha.) Ya saben ustedes que hasta tomar el té son mis prisioneros. (Lee las cartas.)

BECH. ¿Por qué demonio tendrá tanto interés en que tomemos el té?

FELIPE. Galantería sin duda.

BECH. No seas tonto. Aquí hay algo.

FELIPE. ¿Qué puede haber?

BECH. Eso es lo que estoy pensando.

ODETTE. ¡Oh! Yo esperaba al Conde esta noche ó mañana y no llegará hasta el viernes.

BECH. (Ya la cogí.)

FELIPE. ¿Eh?

BECH. Cállate.

ODETTE. (Que ha continuado leyendo se acerca al proscenio.) Apropósito: En esta carta me hace unos encargos que usted evacuará mejor que yo. Se trata de mandar á nuestra quinta de Turena acuarelas y marinas de no sé qué autores. Tome usted nota y escójalas como persona competente. (Á Cardaichac dándole la carta.)

CARD. Con mucho gusto, condesa. Mañana mismo las tendrá usted. (Coge el sombrero.)

ODETTE. ¡Calla! ¿Piensa usted marcharse?

CARD. Apenas tengo tiempo para coger el último tren.

ODETTE. Pero una taza de té...

CARD. Imposible; no llegaría esta noche á San Germán y ya sabe usted que mi hermana me aguarda.

ODETTE. Como usted quiera.

CARD. Hasta mañana.

ODETTE. No olvide usted los cuadros.

CARD. Señores... (Vase.)

ODETTE. ¿Me conceden ustedes un minuto para ver á mi hija?

BECH. Ya lo creo.

FELIPE. Vaya usted, condesa, vaya usted. (Vase Odette.)

ESCENA III.

FELIPE y BECHAMEL, después de asegurarse que están solos.

BECH. ¡Pues señor! Decididamente es de todo punto inútil sitiar por ahora esta plaza.

FELIPE. ¡Eh! ¿Qué quieres decir?

BECH. Quiero decir que lo mejor es abandonarla al enemigo.

FELIPE. ¡Vamos, vamos! Déjate de reticencias malévolas. El Conde, á quien estimo de veras, es un completo caballero y el mejor de los maridos.

BECH. ¡Justo! ¡Me lo figuraba!

FELIPE. ¿Por qué?

BECH. Porque siempre pasa lo mismo.

FELIPE. No entiendo.

BECH. Es muy sencillo. Cuando se casó la condesa me dije en un momento de expansión: dentro de dos ó tres años de matrimonio caerás en mi poder.

FELIPE. Vaya una fatuidad

BECH. No señor: no la hay en esto: solo conozco dos clases de mujeres. Las que nacen honradas, y dejan alguna vez de serlo, ó las que no nacen honradas en cuyo caso no pueden serlo nunca. Con las primeras hay que probar fortuna, ya que con las segundas está uno seguro de vencer.

FELIPE. Bonitas máximas.

BECH. Hijas de la experiencia.

FELIPE. ¿Y la condesa pertenece?...

BECH. Á la segunda clase; pero con circunstancias atenuantes.

FELIPE. Á ver, á ver.

BECH. La condesa es madre, y la maternidad ennoblece. Como estratégia conyugal no hay otra que le iguale. Los maridos se encuentran siempre á la defensiva. Se aisla la plaza, el enemigo retrocede, y descansa la guarnición. Yo eché mis cálculos. Tanto tiempo por la lactancia, tanto por el primer diente; hasta que creí llegado el oportuno momento. Entónces puse en juego mis baterías y dí el primer ataque. Era tarde. La plaza estaba ya tomada. (Designando con un movimiento de cabeza la puerta por donde salió Cardaichac.)

FELIPE. Por...

BECH. Cabal. Por ese nécio. (Salen dos criados con el té, y se retiran luego. Mientras están en escena Bechamel habla en voz baja.) ¿Por qué ese empeño de la condesa en que tomásemos el té? Porque esperaba una carta del Conde anunciándole su regreso, y como no hubiera sido prudente traer aquí solo al susodicho para enterarle del caso, nos invitó también á nosotros.

FELIPE. ¡Qué locura!

BECH. Tan cuerdo estoy, mi querido Felipe, que desde ahora desisto de mis proyectos. Este verano Cardaichac se irá al campo detrás de su adorada. Tres meses de flores, de aromas y de ambiente. Esto cansa mucho. ¡En el otoño volveré á las andadas. Es la época en que caen la hoja y las ilusiones. ¡Oh! Entonces venceré, no hay duda. El primer amante no tiene más que una misión, hacer inevitable el segundo.

FELIPE. ¿Pero qué prueba tienes tú para hablar de ese modo?

BECH. Silencio.

ESCENA IV.

DICHOS y ODETTE, saliendo con precaución del cuarto de su hija.

FELIPE. ¿Y qué? ¿Sigue mejor?

ODETTE. Está durmiendo.

BECH. Excelente señal.

ODETTE. Vaya, vaya, tomemos el té antes que se enfrie.

FELIPE. ¿Y se puede saber, Condesa, si no es indiscreción, qué causas retienen tan largo tiempo al Conde en Turena?

ODETTE. ¡Bah! El castillo feudal.

BECH. ¿Hay eso todavía?

ODETTE. Así le llamo yo, á lo menos. Una antigua y destartalada quinta que se ha empeñado en mejorar, reparando sus tejados, su parque y sus viejos salones. En ella me moriré de fastidio este verano.

BECH. Sin embargo. Pasarlo en el campo, es de rigor.

ODETTE. Pero no en nuestra quinta. Un caserón en medio del bosque. ¡Oh, qué horror!

FELIPE. Y pensar que nuestros abuelos pasaban en ellos todo el año.

ODETTE. Pero tenían distracciones. En aquella época abundaban las guerras, se incendiaban los castillos, y se robaba á las castellanas.

BECH. Si no es mas que eso, me ofrezco á robarla á usted en el mes de Agosto.

ODETTE. ¿Usted? Ni aun irá á verme siquiera.

BECH. ¿Cómo que no?

ODETTE. Les desafio á los dos.

FELIPE. Siento, señora, no admítir el reto. Mañana salgo para Suiza donde permaneceré largo tiempo.

ODETTE. ¿Para Suiza? ¡Ah! Busca usted la salud del corazón. Ayer era Enriqueta y hoy será Gabriela. Corriente. ¿Y usted?

BECH. Yo perdí la salud y no la encuentro. Me iré á Beauville hasta el otoño. Entonces nos veremos.

FELIPE. Dentro de tres ó cuatro meses.

ODETTE. Que serán en la quinta tres años para mí. Un mes de mi vida, es un año de la de ustedes.

BECH. ¿Un año?

ODETTE. Voy á probarlo. El hombre á los treinta años está en la plenitud de su vida, y la mujer empieza á declinar. Cada minuto para ustedes significa el placer, la fuerza y la dicha; para nosotras, el cansancio, la ineptitud,

la muerte del alma. De aquí nuestro afán prematuro por brillar, lanzándonos en el torbellino del mundo. Las mujeres no malgastaríamos tanto nuestra juventud, si fuese más duradera, ni tendríamos tanta prisa de ser amadas, si no tuviéramos tan poco tiempo para poderlo ser.

BECH. Justamente. Por eso todas las mujeres quisieran ser hombres y ningún hombre quiere ser mujer.

ODETTE. Esa es la razón.

BECH. Y diga usted. Con franqueza. ¿Si fuese usted hombre, sería tan malo como nosotros?

ODETTE. Sería mucho peor.

BECH. Esas ideas la honran á usted, Condesa.

ODETTE. ¿Conque hasta el otoño?

BECH. Sin falta.

ODETTE. Buena suerte. Aguarde usted un instante. Tengo otro encargo para usted. (Se sienta y escribe.)

BECH. ¿Vienes al círculo?

FELIPE. No, me marcho á casa.

BECH. Entonces hasta mañana, Condesa... (Vase.)

ODETTE. Adios.

ESCENA V.

ODETTE y FELIPE.

ODETTE. Es un telegrama para mi marido. No me fío de los criados á estas horas. Póngale usted de paso.

FELIPE. Con sumo gusto.

ODETTE. Así quedo tranquila. Adios y hasta la vuelta. Regrese usted curado. Ya le casaremos á usted luego...

FELIPE. ¡Dios me libre! (Vase.)

ODETTE. ¿Y por qué no? ¡Já, já, já! (Después de quedar sola un corto intervalo. Toca el timbre. Eustaquio sale por la derecha y Olga después por la puerta del fondo, dejándola abierta, como asímismo la de la alcoba de Odette, que se ve débilmente alumbrada.) Llevaos todo eso. (Eustaquio toma la bandeja, Olga dos

tazas, y ambos entran por la izquierda dejando la puerta abierta. Odette se acerca tranquilamente á la pequeña puerta secreta de la derecha y descorre el cerrojo. Los dos criados salen á la escena.) Podeis apagar las luces y retiraros. (Odette se dirige á su alcoba seguida de Olga, cierran la puerta de la alcoba.)

EUST. Á las dos de la mañana. En Bretigny casi la hora de levantarse. (Apaga los candelabros, quedando solo encendido el quinqué.) ¡Vaya unas costumbres imprudentes! ¡Y querrán luego tener buenos criados! (Suena ruído.) ¿Eh? Juraría que llega alguien. ¡Si serán visitas, Dios mío!

CONDE. (Dentro.) ¡No importa! Pase usted un momento.

EUST. ¡Calla! ¡el señor Conde! ¡Qué sorpresa!

ESCENA VI.

DICHOS, el CONDE y FELIPE.

Delante el Lacayo con una maleta que coloca sobre una silla.

CONDE. ¡Sobre todo mucho cuidado! ¡Quiero sorprenderla!

EUST. ¡Señorito!...

CONDE. Cállate, imbécil. Toma esto y á nadie digas que estoy aquí. (Le da el abrigo y la maleta.)

EUST. (Entonces á la cama.) (Vase con el Lacayo.)

ESCENA VII.

EL CONDE y FELIPE.

FELIPE. Cómo había de figurarme que iba á encontrar á usted en la escalera. Precisamente me decía la condesa hace poco que hasta el viernes no regresaría usted.

CONDE. Es verdad. Eso pensaba yo, pero la idea repentina de escoger por mí mismo algunos objetos artísticos que en la quinta hacen falta, me ha obligado á volver de improviso. Ya sé que han estado ustedes esta noche

en la ópera con mi mujer. Acaba de decírmelo Bechamel, con quien tropece en el portal.

FELIPE. Efectivamente. Y por cierto que la condesa me había encargado expedir para usted este telegrama que ahora mismo pensaba depositar en la primera estación. Así llega antes á su destino. (Dándoselo.)

CONDE. ¡Recibida carta! Vuelve pronto. Me fastidio sin tí. La niña algo constipada. ¿Cómo? ¿Está mala mi hija?

FELIPE. ¡Oh! No hay cuidado. Hace poco estaba durmiendo como un ángel.

ESCENA VIII.

DICHOS, y OLGA sale por el foro y se detiene al ver al CONDE.

OLGA. ¡Qué veo! ¡El señor Conde! Corro á avisar á la señora!

CONDE. ¡No! No digas nada. Quiero presentarme de improviso.

OLGA. Acaba de retirarse. No es posible que duerma todavía.

CONDE. Bien, bien. Márchate y silencio.

OLGA. Descuide usted, señorito. (Vase.)

ESCENA IX.

DICHOS menos OLGA.

FELIPE. Con permiso de usted, querido Conde. Le dejo entregado á sus afectos de familia.

CONDE. ¿Almorzará usted mañana con nosotros?

FELIPE. Imposible. Mañana salgo para Suiza.

CONDE. ¡Ah! Se marcha usted?... No importa. Tome usted el tren de la tarde. Lo mismo da. Un joven soltero y libre como usted, dispone como quiere del tiempo.

FELIPE. ¿Libre? ¡No del todo!

CONDE. ¡Ah! ¡Vamos! ¡Se trata de acompañar á alguna dama! Mucho cuidado; ¿eh? Por supuesto, siendo joven, bonita y honrada, aplaudo su conducta!

FELIPE. Creo que reune esas tres cualidades.

CONDE. ¡Magnífico! Ya sabe usted que le quiero mucho y no he de aconsejarle nada malo. Cásese usted. El matrimonio es la felicidad. Mírese usted en mi espejo. Yo soy dichoso, y como yo hay muchos en el mundo.

FELIPE. Aprovecharé con gusto el consejo.

CONDE. Entonces, adios y buen viaje. (Dándole la mano.)

FELIPE. Hasta la vuelta ¿eh?

CONDE. (Con la mano cogida vuelve la cabeza hácia la puerta secreta, como el que se sorprende por un ruido extraño.) ¡Chist!

FELIPE. ¿Qué?

CONDE. Alguien anda en aquella puerta. Y es extraño, porque está condenada hace largo tiempo.

FELIPE. ¿Dónde conduce?

CONDE. Al jardín. Solo hay un corredor y la escalera. ¡Chist! Calle usted. (Se acerca á la chimenea. Felipe permanece inmóvil junto á la puerta de la izquierda.)

FELIPE. Tendría gracia que quisieran robar á ustedes esta noche.

CONDE. Ahora lo veremos. (Baja la luz del quinqué. La escena queda sumida casi en la oscuridad.)

FELIPE. Ahí están. (Óyese el ruído que produce una llave en la cerradura al abrir. Á poco, la puerta cede, y sale Cardaichac. Vuelve á cerrar y se dirige hacia el foro. El Conde, que está allí colocado le coge por el cuello.)

CONDE. ¡Calla ó te extrangulo!

CARD. ¡Ah!

CONDE. ¡Pronto! ¡Esa luz! (Felipe da luz al quinqué. La escena se aclara.)

CARD. (¡No hay medio de escapar!)

CONDE y FELIPE. ¡Cardaichac!

CONDE. ¡Penetrando aquí por esa puerta, y á estas horas!...

CARD. Sí, en efecto... Yo... ¡Oh! Pero le juro á usted que la condesa no sabía nada.

CONDE. ¡Miserable! (Queriendo lanzarse sobre él. Felipe le contiene, interponiéndose entre ambos.)

CARD. Nada de violencias, caballero. Crea usted lo que guste estoy á sus órdenes.

CONDE. ¡Oh! Yo te mataré.

FELIPE. Salga usted. Evitemos un escándalo ahora.

CARD. Ya sabe usted donde puede encontrarme.

FELIPE. Sí, sí. Váyase usted.

CARD. (No hubo más remedio.) (Vase por la puerta que Felipe cierra.)

CONDE. ¡Infame! ¡Y ella engañarme así!...

FELIPE. ¡Vamos! ¡Por Dios, amigo mío!

CONDE. ¡Oh! Por fortuna he llegado esta noche. El cielo me ha conducido aquí sin duda. (Se dirige al cuarto de la niña, segunda puerta de la derecha y la abre.) ¡Martina! (Llamando á media voz.) ¡Martina!

FELIPE. ¿Qué va usted á hacer?

MART. ¿Quién llama?

CONDE. Levántese usted y salga enseguida.

MART. Voy, señor Conde.

FELIPE. ¿Pero qué se propone usted?

CONDE. Quiero ante todo alejar á esa niña. Así evito lágrimas hipócritas y escenas enfadosas.

MART. No estaba acostada, señor Conde. Como la señorita se siente algo enferma, velaba cerca de su cuna. ¿Pero ocurre algo?

CONDE. Hable usted bajo. Tome usted á la niña y llévela usted arriba á su habitación. Que nada oiga la señora.

MART. Pero...

CONDE. Ni una palabra, ni una excusa. ¡Pronto!

MART. ¡Voy allá! (Entra en el cuarto. El Conde escucha cerca del foro. Martina sale á poco con la niña en brazos cubierta con un abrigo. El Conde la besa. Después hace señas á Martina para que salga. Esta se marcha por la izquierda. Se debe ver la cabeza de la niña que duerme, y un brazo colgando fuera del abrigo.)

ESCENA X.

EL CONDE, FELIPE y luego ODETTE.

CONDE. Y ahora terminemos.

FELIPE. Prudencia, amigo mío.

CONDE. La tendré. No hay cuidado.

FELIPE. ¿Debo marcharme?

CONDE. Quédese usted. Se lo suplico.

FELIPE. Estoy á la disposición de usted. (El Conde abre bruscamente la puerta del foro. En el mismo instante Odette abre la puerta de su alcoba y ambos se encuentran en el corredor que debe estar muy oscuro. Odette con otro traje.)

ODETTE. ¡Chist! ¡Silencio! Martina no debe haberse acostado ¡Voy á ver si duerme!

CONDE. Es inútil, señora. Lo he visto yo.

ODETTE. ¡Ah! (Reconociendo al Conde. Baja al proscenio quedando colocada á la izquierda.)

CONDE. La confesión es clara y terminante. Así nos ahorramos explicaciones.

ODETTE. ¿Qué es esto?

CONDE. Esto es que el cielo me trajo aquí esta noche para castigar tu infamia y tu vileza. No niegues porque acabo de arrojar á tu amante por aquella puerta.

ODETTE. ¿Mi amante? ¡Es falso! ¿Quién lo ha visto?

CONDE. Nosotros.

ODETTE. ¡Ah, vamos! ¡Fué una asechanza! Ya lo comprendo.

CONDE. ¡Lo mismo que todas! Cuando no tiemblan se vuelven insolentes.

ODETTE. Pues bien. Supuesto que todo lo sabes, cuanto pudiéramos decirnos sería inútil. Además, ni se ni quiero representar la comedia del arrepentimiento. Entre nosotros todo ha terminado. Prefiero la franqueza ruda y terminante á las falsas hipocresías.

CONDE. Y era esta la mujer que al despedirse de mí lloraba. La que me escribía cartas llenas de amor y de ternura. La que esta misma noche... (Muestra el telegrama.) ¡Oh! ¡Es inconcebible tanta vileza!

ODETTE. Acabemos. Hace un instante, pudiste ciego de furor ahogarme entre tus brazos. La ley te autoriza á matarme. ¿No me matas? ¡Corriente! ¿Qué hacemos? (Sentándose.)

CONDE. Ahora lo vas á ver. (Toca el timbre.) ¿Matar á una mujer de tu especie? ¿Para qué? No soy de los maridos que matan. Te echo á la calle, eso me basta.

ESCENA XI.

DICHOS y OLGA.

ODETTE. ¿Echarme?

CONDE. ¿Su coche de usted estará abajo?.. (Felipe contesta con indicación afirmativa.) Bueno. Traíga usted el abrigo y los guantes de su señora. Pronto. (Olga entra en el cuarto del fondo.)

ODETTE. ¿Pero de veras pretende usted echarme?

CONDE. ¿De mi casa? ¡Qué duda tiene!

ODETTE. ¿Y mi hija?

CONDE. ¿Mi hija? Esa no sale. Me quedo con ella.

ODETTE. ¡Oh! Usted está loco. Mi hija es mía; me pertenece, y ningún poder humano me separará de su lado.

CONDE. Eso es precisamente lo que voy á hacer.

ODETTE. Lo veremos. (Se dirige al cuarto de la niña y abre la puerta.)

CONDE. No busque usted, señora. La niña no está ahí.

ODETTE. ¡Martina, Martina! ¡hija mía! ¡Pronto! ¿Qué ha hecho usted de mi hija?

CONDE. (Á Olga que se ve en la alcoba.) ¿Trae usted eso ó no?

OLGA. Voy, señorito. No encuentro los guantes.

ODETTE. ¡Mi hija! ¡Dejarla enferma, abandonada!... ¡Oh! ¡No serás tan cruel! Si para tí he sido culpable, no soy mala madre. Tú no tienes el derecho de robarme á mi hija. Tú me la devolverás de grado ó por fuerza.

CONDE. Los tribunales decidirán esa cuestión.

ODETTE. Que la decida tu conciencia, si es que la tienes.

CONDE. Coloque usted el abrigo á su señora. (Olga lo hace.)

ODETTE. ¡Oh! ¡Esto es una villanía! ¡Arrojar á la calle á su mujer! ¿Dónde quiere usted que vaya yo ahora?

CONDE. Donde usted quiera. No me importa.

ODETTE. Á casa de mi amante, ¿no es cierto?

CONDE. Salga usted y acabemos. (Felipe hace ademán de ofrecer el brazo á Odette.) ¡Oh! Gracias, amigo mío. Esta señora no necesita que la acompañen. Es de aquellas que aun cuando salgan solas no tienen nada que temer.

ODETTE. (Llega sin decir nada hasta la puerta segunda izquierda. Desde allí se vuelve. ¡Cobarde! (Vase. El Conde quiere lanzarse sobre Odette. Felipe le detiene. Olga mira desaparecer á su señora desde la puerta.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un salón elegante en un hotel de Niza. Puerta al fondo y laterales. Ventana á la izquierda en segundo término.

ESCENA PRIMERA.

JULIETA, FELIPE y un CRIADO. Acaban de almorzar y se hallan sentados tomando el té.

FELIPE. Opino como tú. Este país es encantador.

JUL. ¡Delicioso!

FELIPE. ¿Y por qué tu madre tan aficionada á los viajes, no te trajo aquí antes de nuestro matrimonio?

JUL. Porque quiso reservarle á usted, caballero, la dicha de darme esta sorpresa. (El Criado retira el servicio y se va.)

FELIPE. ¡Oh! ¡Suegra seductora! Pocas hubieran tenido tan nobles sentimientos. Sí, mujercita mía. He tenido una verdadera dicha en conducirte á la playa de Niza, cuyo dulce clima tanto favorece á las naturalezas débiles. Y cuenta que la época no puede ser mejor. ¡El carnaval! ¿Quién no pasa en Niza el carnaval? Así está esto de gente. Si no hubiese sido por el telegrama que envié desde París al dueño del hotel, no hubiéramos encontrado cuarto disponible.

JUL. ¡Ya lo creo!

FELIPE. Sin embargo; nuestro feliz encuentro con el Conde en la estación lo hubiera arreglado todo.

JUL. Grande fué su empeño porque viviésemos en su quinta.

FELIPE. Y magnífica la comida que ayer nos dió.

JUL. En verdad que es el Conde un hombre muy simpático, y su hija encantadora.

FELIPE. Apropósito. Cuidado con olvidar las advertencias que ayer te hice.

JUL. ¡Oh! No temas. Pero anoche me prometiste acabar la historia que aun no conozco sino á medias.

FELIPE. ¿En dónde quedamos?

JUL. Quedamos en que el Conde hace catorce años arrojó de su casa á la esposa culpable.

FELIPE. ¡Ah, sí! Ya recuerdo. ¡Oh! Qué escena aquella.

JUL. ¿Y después, qué ocurrió?

FELIPE. Al otro día, un duelo terrible con el amante, y una herida casi mortal.

JUL. ¡Que recibió el amante!

FELIPE. No, el marido. En el teatro ó en las novelas, siempre es el traidor, quien recibe esas cosas, pero en la vida real, es el inocente. Por fortuna el Conde se salvó.

JUL. ¿Y ella?

FELIPE. Perdió ante los tribunales á la hija, de la cual la separó el Conde aquella noche fatal, con el único derecho de poderla ver dos veces por semana en casa de su abuela. Pero á los tres ó cuatro meses cesaron las entrevistas y la condesa se marchó á Inglaterra.

JUL. ¿Sola?

FELIPE. No, con el otro.

JUL. ¡Ah!

FELIPE. Desde entonces creo que ha recorrido el mundo alegremente.

JUL. ¿Y no ha vuelto á ver á su hija?

FELIPE. Nunca.

JUL. ¿Nunca?

FELIPE. Jamás. La niña tenía tres años en aquella época. Sólo conservaba de su madre un vago recuerdo que pronto se borró. Después, teniendo necesidad de explicarle su ausencia, le dijeron que su madre había muerto.

JUL. ¡Pobre ángel mío!

FELIPE. Cierto día, esa niña de inteligencia clara, preguntó por la tumba de la que nunca debía volver á ver.

JUL. Y entonces...

FELIPE. La dijeron que la tumba de su madre estaba en al mar. La niña lloró mucho, pero quedó plenamente convencida.

JUL. De modo que hoy...

FELIPE. Sigue creyendo lo mismo. Que en un naufragio pereció su madre hace quince años.

JUL. ¡Oh! Si alguna vez supiera la verdad.

FELIPE. El Conde sólo vive por ella. Su amor es un delirio. Hace un año la trajo á Niza, y construyó la magnífica quinta en donde ayer comimos. Conque ya sabes la historia entera. Cuidado con cometer la menor imprudencia delante de la joven.

JUL. Está tranquilo. ¡Qué historia tan lúgubre! Pero dime, ¿ocurre eso con frecuencia?

FELIPE. ¿El qué?

JUL. Que un marido sorprenda á su mujer.

FELIPE. Muy raramente. Y créelo, esposa mía. Esto es lo mejor.

JUL. ¿Para la mujer?

FELIPE. Y para el marido. En fin, dejemos tan escabroso asunto y ocupémonos del carnaval.

JUL. ¡Sí, sí! Programa.

FELIPE. Primero. Aguardar al Conde y á su hija que no tardarán en venir.

JUL. Segundo.

FELIPE. Conduciros á casa de la baronesa de Latour cuyos balcones dan sobre la principal calle de Niza. En ella se pasean las máscaras y se reune todo el mundo. Es el Corso de Roma ó el Prado de Madrid. Sólo que en Ni-

za la elegancia es más bulliciosa; y la broma consiste en arrojarse unos á otros á la cara confites de harina.

JUL. ¡Oh! ¡Qué divertido será eso!

FELIPE. ¡Mucho! ¡Suelen dejar tuerto á cualquiera, pero es muy divertido!

JUL. Luego comeremos con el Conde, y después al teatro.

FELIPE. Justamente.

JUL. Pero dime. Y mientras estemos nosotras en casa de la baronesa, ¿qué harás tú?

FELIPE. Instalarme con el Conde y otros amigos, frente por frente. En otro balcón que alquilé por telegrama como esta habitación, y desde el cual te arrojaré también confites... pero no de harina, sino de esquisito dulce

JUL. ¡Ah! ¿Has alquilado otro balcón?

FELIPE. Claro está. Era para nosotros. No esperaba ver al Conde, ni podía sospechar que acompañases á su hija en casa de la baronesa. ¡Toma! ¡Toma! Conozco mucho esto. Los buenos balcones son muy buscados. Y cuestan un ojo de la cara.

JUL. Apuesto á que otros años habrás visto en alguno la función bien acompañado.

FELIPE. ¿Yo?

JUL. ¡Si, señor, usted! Con esas mujeres que amó antes de conocerme.

FELIPE. ¡Bah! ¿Quién te ha contado?...

JUL. Nadie. Pero la víspera de nuestra boda, oí decir á mamá que hablaba con mi tía Úrsula: «Ya lo sé, ya sé que Felipe es algo machucho para ella.»

FELIPE. ¿Cómo machucho?

JUL. «Pero mejor, así me gusta más, la ha corrido tanto, que estoy segura ha de parar en cuanto se case.»

FELIPE. ¡Hombre! ¡Qué gracia!

JUL. Entonces no comprendí bien. Yo no sabía lo que era eso de *correrla:* pero luego me he enterado, y lo siento en el alma. ¿Por qué la has corrido?

FELIPE. Te aseguro que...

JUL. No lo niegues. Yo he llegado después que otras mu-

chas, y esto me desconsuela. ¿Por qué no me aguardaste, dí?

FELIPE. ¿Aguardar cuarenta años? ¡Pues no era nada!

ESCENA II.

DICHOS y BECHAMEL.

BECH. (Asomando la cabeza por el foro.) ¿Se puede?

FELIPE. Adelante. ¡Calla! ¡Bechamel!

BECH. ¡En carne y hueso!

FELIPE. ¡Qué sorpresa!

BECH. ¡Conque estamos en Niza, y sin avisar á los amigos!

FELIPE. Ignoraba tu estancia en este puerto.

BECH. Y yo supe la tuya anoche en el casino.

FELIPE. Anoche llegamos.

BECH. Justo. Y el Conde me lo dijo á última hora.

FELIPE. Ante todo; Julieta, permíteme que te presente...

BECH. Suprime el nombre.

FELIPE. ¿Por qué?

BECH. ¡En fin, confesémosle!... Isidoro... ¡abominable! ya lo sé. Nadie se llama ya Isidoro.

JUL. ¿Cómo que no?

BECH. Sobre todo, cuando tiene uno la desgracia de apellidarse Bechamel. Afortunadamente, mi amado padre comprendió que yo era hombre perdido, si no tenía cincuenta mil libras de renta para disculpar Bechamel, y otras cincuenta mil para aceptar Isidoro. Por eso me dejó cien redondas, gracias á las cuales nunca faltan amigos que me llamen querido Bechamel, ni bonitas muchachas que me sonrían diciendo... «¡gracioso Isidoro!»

FELIPE. ¡Já, já, já!

JUL. ¡Tiene gracia!

BECH. También patrimonio de mi padre.

FELIPE. Pues chico, aquí nos tienes dispuestos á correrla en grande.

JUL. ¿Cómo á correrla?

FELIPE. Digo... ¡á divertirnos!

JUL. (Mamá decía muy bien.) (Se sienta en el sofá de la izquierda.)

BECH. El viaje clásico de los recien casados. Camino de Italia. Clima dulce, templado. Soberbia vejetación. ¡Esto es lo que conviene!

FELIPE. ¿De veras, eh?

BECH. ¡Contemplar un hermoso paisaje! ¡Oh! ¡Divino! Generalmente empiezan aquí los matrimonios á darse de cachetes.

JUL. (Asustada.) ¡Oh!

FELIPE. (Yendo á consolarla.) ¡No, hija mía, no!

BECH. No lo digo por ustedes. Pero se han registrado casos.

JUL. ¡En verdad que este clima es delicioso!

BECH. No lo crea usted, señora. Pura ilusión.

JUL. ¿Cómo? Este sol, esta primavera...

BECH. Falso, sí, señora. Al sol se frie uno. Á la sombra se hiela. El mar que ven ustedes no se mueve, es un lago. Los pescados no se dejan coger nunca.

JUL. ¿Por qué?

BECH. Porque no los hay. Olivos que jamás producen aceitunas, y naranjos que en todo se parecen á los olivos. Nada real ni completo. Tenemos un monte, es árido; un castillo, está arruinado; un casino, no está construído; un puerto, es imposible; una playa, existe en Cannes. Juegos, los hay en Mónaco. En fin, señora, es de tal manera esta ciudad, la ciudad de lo falso y lo grotesco, que hasta un pobre y miserable río, donde nunca vereis una gota de agua, se llama el caudaloso.

JUL. ¿Conque no hay nada verdadero?

BECH. El viento, los mosquitos y los ladrones.

JUL. ¡Oh!

BECH. No quiero, sin embargo, decir con esto que falten corazones honrados; pero lo de títulos falsos, lo de fortunas apócrifas, lo de princesas vergonzantes.

JUL. ¿También eso? ¿Y las mujeres virtuosas?

BECH. Se confunden con las que no lo son. ¡Se parecen tanto en lo exterior!...

JUL. ¿Y por qué vive usted en este centro infernal?

BECH. Cuestión de moda. Ante sus exigencias, todo se sacrifica.

FELIPE. Aquí tenemos al Conde.

ESCENA III.

DICHOS, el CONDE y ANGELINA.

CONDE. ¡Felices!

FELIPE. Adelante.

ANG. ¿Qué tal desde anoche? ¿Se ha descansado?

JUL. Ya lo creo.

CONDE. ¡Hola! ¿También por aquí?

BECH. Sí, señor. Yo estoy en todas partes. Como me fastidio tanto, me gusta variar...

ANG. ¿Está usted ya vestida? Es preciso no perder tiempo. Tenemos que ir á buscar nuestros dominós.

JUL. ¡Calla! Vamos á llevar...

CONDE. ¡Oh! El disfraz aquí es cosa precisa.

ANG. Como ignoraba el color que usted prefiere, no me atreví á escoger. Yo estoy por el rosa, ¿y usted?

JUL. Me es igual.

ANG. Bueno, entonces, rosa. Vamos en dos minutos, y enseguida tomamos por asalto los balcones de la baronesa.

BECH. ¿La baronesa de Latour?

ANG. Allá vamos.

FELIPE. Apropósito, te ofrezco un puesto enfrente. En un balcón de mi exclusiva pertenencia.

BECH. Aceptado.

CONDE. Ya saben ustedes que comen en casa, y si Bechamel quiere ser de los nuestros...

BECH. Acepto también.

CONDE. Será una nueva manera de fastidiarse.

BECH. Efectivamente. Digo, de ningún modo.

JUL. Precioso sombrero.

ANG. Á gusto de papá.

BECH. ¿Cómo? Es su papá de usted quien se ocupa...

ANG. ¡Cuidadito con burlarse!

BECH. ¡Líbreme Dios!

ANG. Porque aquí donde lo ven ustedes, este papá que tengo el gusto de presentarles, es de tal manera superior á los otros, que no hay comparación posible. No me mires así, porque lo voy á decir todo. Sepan ustedes, que desde que murió mi pobre mamá, su afan se cifra en reemplazarla cerca de su hija, para que ésta no se aperciba de su ausencia. Y por eso se ha vuelto dulce, tierno, cariñoso, desempeñando á la perfección todas las obligaciones que exige tan delicado cargo. Cuando niña, si estaba enferma, me mecía en sus brazos, me dormía y me curaba. Más tarde, se convirtió en aya, paseándome por el bosque y jugando conmigo alegremente. Luego se transformó en institutriz. Me conducía al colegio, repasaba mis lecciones, corregía mis torpezas, y, por último, véanle ustedes ahora de modista. Él me viste á su gusto y á su capricho. Recorre las tiendas procurándose modelos y figurines. Vigila el corte, y es intransigente en la prueba, de tal modo, que antes de salir de París, me decía la modista: ¡Ay »señorita! Con dos como su papá de usted, perdería »el juicio.» Por eso me atrevo á apostar dos cosas. Que haya en el mundo un padre como el mío, ni que se encuentre otra hija que le quiera tanto como yo.

CONDE. Supongo que dispensarán este discurso á quema ropa.

JUL. ¡Es un ángel esta niña!

BECH. Yo quisiera subir al cielo con media docena de la misma categoría.

ANG. ¿Conque nos marchamos?

JUL. Enseguida. Voy por mi sombrero.

ANG. ¿Me permite usted hacer las veces de camarera?

JUL. Con mucho gusto.

ANG. Pues andando. (Al Conde.) ¡Hasta luego... *mamá*!

JUL. ¡Já, já, já! (Vánse las dos.)

ESCENA IV.

EL CONDE, FELIPE y BECHAMEL.

FELIPE. En verdad, querido Conde, que debe usted estar orgulloso con Angelina.

CONDE. ¡Es mi consuelo, mi alegría, mi vida!... ¿Pero previno usted á Julieta?

FELIPE. Todo lo sabe; no hay cuidado.

CONDE. Siempre estoy temiendo una imprudencia. Milagro me parece que no sepa nada mi hija todavía.

BECH. ¿Sigue creyendo aquella historia?

CONDE. Después de habérsela referido era preciso continuar lo ficción. Cuanto más crecía, más difícil nos parecía decirle la verdad. Por último, decidí ocultársela hasta que se casara. Entonces podrá saber lo que hoy debe ignorar.

FELIPE. Y ese instante no tardará mucho, según creo.

CONDE. ¡Oh! Es una nueva desgracia tal vez irreparable.

BECH. ¿Una desgracia?

CONDE. Un honrado y noble joven, Enrique de Meyran, me ha pedido su mano. Los chicos se adoran, y él lo sabe todo; pero su madre, una señora de provincia, llena de dudas y preocupaciones, impone como condición precisa para la boda, que la condesa no vuelva á París, y renuncie á llevar mi nombre.

BECH. ¡Ah!

CONDE. Mi hija, que nada sospecha, se entrega á este primer amor con ciega confianza, hallándonos colocados todos en tan difícil situación.

BECH. ¿Y no ha vuelto usted á saber nada de la condesa?

CONDE. Sí, bajo el punto de vista de mi seguridad. Jamás volvió á París, estoy cierto. He sabido dónde se hallaba y nada más.

BECH. Y ahora... ¿lo sabe usted? (Con intención.)

CONDE. Lo ignoro.

BECH. (¡Diablo! ¡Diablo!)

FELIPE. Hace cinco años la ví en Viena. Dispense usted, Conde, que nada le haya dicho. Abandonada por su primer amante, era entonces amiga íntima de un príncipe ruso, hombre millonario, que puso á su disposición cuanto puede soñar una mujer. Palacios, carrozas, criados de gran librea... ¡Oh! Un espectáculo completo. La condesa daba grandes bailes y comidas. En su casa se reunía la mejor sociedad.

CONDE. ¿Qué dice usted?

FELIPE. ¿Y por qué no? Mucho trabajo cuesta confesarlo, pero el lujo triunfa á veces de la moral.

BECH. Es un desinfectante.

FELIPE. Desde aquella época no he vuelto á saber de ella.

BECH. Pues yo, señores, tengo noticias frescas. El invierno pasado la visité en Nápoles. El dueño de la casa era un vejete antipático y feo. La sociedad de entonces no brillaba como en Viena; allí había mujeres de dudosa prosapia, y hombres cuya prosapia no dejaba la menor duda. En cuanto á la cena... un té... tísico: de música, un piano viejo y un tenor digno de aquél piano. En suma, ni la buena sociedad, ni la mala, confluente de dos ríos que precipitan un agua que ni es limpia, ni súcia, pero que ya está turbia.

CONDE. De modo que en su opinión de usted...

BECH. Aquello era el principio del fin.

CONDE. ¿Y desde el invierno pasado no siguió usted sus huellas?

BECH. No, pero sospecho, señor Conde, donde se halla hoy, y es necesario que lo sepa usted. La condesa está aquí.

CONDE y FELIPE. ¿Aquí?

BECH. Hace media hora he creído reconocerla. Iba en coche cerrado y á escape. Juraría que era ella. El coche se detuvo aquí cerca de este hotel. En una especie de casa de salud, según se dice, dirigida por el Doctor Oliva; pero en realidad un garito dónde despluman á

los incautos, y donde ha tenido ya la justicia algo que ver.

CONDE. ¿Será posible?

FELIPE. ¿Pero estás seguro?

BECH. Repito que lo juraría. En fin, la cosa es fácil. Ahora mismo puedo enterarme bien. En cinco minutos estoy de vuelta.

CONDE. Sí, sí; vaya usted. La duda no puede existir. ¡Si fuese ella! ¡Si supiese que estaba aquí su hija!...

FELIPE. ¿Conoces á alguno de esa casa?

BECH. Con dos luises, te cuenta la historia de todos sus huéspedes, el primer criado con quien tropieces.

CONDE. No se detenga usted.

FELIPE. Vuelve corriendo.

BECH. Gracias á Dios que desde hace media hora no me fastidio! (Vase por el foro.)

ESCENA V.

EL CONDE, FELIPE, luego ANGELINA.

CONDE. ¡Dios mío, qué contrariedad!

FELIPE. No hay que desesperarse. Quizás Bechamel esté equivocado.

CONDE. No, no. El corazón me dice que está aquí. Tarde ó temprano esto tenía que llegar.

FELIPE. ¡Chist! Angelina.

ANG. No se impacienten ustedes. Ocurre un contratiempo. Las modistas de Niza no cosen bien los encajes y á lo mejor se ve una comprometida. Jamás me ocurrió eso, verdad, papá? Por supuesto, contigo se ve cualquiera libre de descosidos. Poquito que lo examinas todo. ¿Pero qué es eso? ¿Qué tienes?

CONDE. ¿Yo? Nada.

ANG. Pareces preocupado... ¡Inquieto!

CONDE. No lo creas.

ANG. ¿Alguna mala noticia?

CONDE. ¡Bah! ¡Qué tontería!

ANG. Ahora recuerdo que al salir de casa te entregaron varias cartas...

CONDE. De amigos de París. Asuntos sin importancia.

ANG. ¿De París?

CONDE. Sí, de París. Vea usted cómo se pone, te figuras acaso que no puedo recibir de París mas cartas que las de una persona que te interesa? Pues no señor. Esa persona no me ha escrito, aunque sé muy bien, que piensa en tí en este momento, y que siente mucho hallarse lejos de tu lado.

ANG. Y yo también.

CONDE. ¿Piensas en él ó lo sientes?

ANG. Las dos cosas. ¡Por supuesto, ya sabes! En cuanto regresemos basta de dilaciones.

CONDE. ¡Hola! ¡Hola! ¿Tenemos prisa, eh?

ANG. Prisa, precisamente, no! Una joven no debe tener prisa en casarse. Lo ambiciona con verdadero afán, pero no tiene prisa.

CONDE. Ya sabes que de Enrique depende todo.

ANG. Y Enrique me asegura que depende de tí. La verdad es que si de mí dependiera, no le echaría la culpa á nadie.

FELIPE. Crea usted, señorita, que esa clase de asuntos no se ultiman con facilidad. El menor entorpecimiento los atrasa. Yo tardé dos años en casarme y me pareció un relámpago.

ANG. ¡Dos años! ¡Pues si Julieta acaba de decirme que solo fueron ustedes novios seis meses!

FELIPE. (¡Canario!) ¿Ha dicho eso? Bueno. Seis meses novios... y diez y ocho... futuros. La cuenta es exacta.

ANG. En fin, tendré paciencia. ¿Conque no estamos tristes ni disgustados?

CONDE. ¡No tal, maliciosilla!

ANG. Entónces, voy á ayudar á Julieta. Pronto terminamos. (Vase por la segunda de la izquierda.)

ESCENA VI.

EL CONDE, FELIPE, y luego BECHAMEL por la puerta del foro.

FELIPE. Preciso es dominarse mejor. Esa niña podría adivinar...

CONDE. Por eso tiemblo á cada momento. Mi sorpresa fué tan extraordinaria!...

BECH. Pedí cinco minutos, y apenas han pasado cuatro.

CONDE. ¡Pronto, hable usted!

FELIPE. ¿Era ella?

CONDE. ¡Bajo por Dios!

BECH. ¡La misma!

FELIPE. ¡Maldita fatalidad!

CONDE. ¡No se lo dije á usted!

BECH. He sabido cosas importantes.

CONDE. Hable usted por Dios.

FELIPE. ¡Silencio!

ESCENA VII.

DICHOS y ANGELINA por la segunda de la izquierda.

ANG. ¿Sobre el velador? ¡Bueno! No hemos terminado, falta colocar estas flores.

CONDE. Pues anda, despacha.

ANG. ¿Crees que vamos á llegar tarde?

CONDE. No, pero Julieta espera, ¿verdad?

FELIPE. Sí, sí... ¡mi mujer espera!

BECH. No olvide usted que está esperando esa señora.

ANG. ¡Já, já, já! ¡Vaya una prisa! (Vase.)

ESCENA VIII.

EL CONDE, FELIPE y BECHAMEL.

Después de asegurarse que no puede oirlos Angelina hablan bajo.

BECH. Me han contado la mitad y he adivinado el resto. La

condesa llegó hace tres días. Se hospeda en casa del Doctor Oliva. Un americano que explota el treinta y cuarenta en provecho propio. Aquél vejete antipático de Nápoles, no existe ya. Ahora estamos en danza con un jugador arruinado. ¡No se descuida la condesa! ¡Oh! ¡Dispense usted!

CONDE. Adelante. ¿Cree usted que su conducta me sorprende?

BECH. Ni á mí tampoco, la que empieza no se detiene. La recoje el abismo, hacia el cual rueda ya esa mujer sin obstáculo alguno. La situación es terrible. Ligada á un hombre escéptico y vicioso, malgasta cuanto tiene y sufre su fatal influencia. Las riñas abundan. El oropel exije gastos que el tapete verde aumenta cada día. Por uno de estúpida fortuna, sufren treinta de angustiosa desgracia. ¡En ellos, ese hombre insulta y pega!

FELIPE. ¡Oh!

CONDE. ¡Infeliz!

BECH. Y sin embargo, la condesa cuenta todavía con una renta de setenta y cinco mil francos.

CONDE. ¿Cómo es eso?

BECH. Muy sencillo. Veinticinco que usted la señaló, veinticinco que pide prestados, y veinticinco que no paga.

CONDE. ¡Oh! Se me ocurre una idea.

FELIPE. ¡Veamos!

CONDE. Si á cambio de satisfacer todas sus deudas, de doblar su pensión y asegurarla cuanto apetezca, quisiera renunciar á mi nombre jurando no volver á París.

FELIPE. La ocasión es oportuna.

BECH. Y hay que aprovecharla. Esas mujeres son una balanza. Hoy abajo, mañana arriba.

CONDE. Estoy decidido, quiero hablar con ella. Quiero salir de una vez de esta situación erizada de dudas y de peligros. Su permanencia en Niza lo exige.

FELIPE. ¿Y qué hacemos?

CONDE. Vaya usted de mi parte. Vaya usted enseguida, y dígala que quiero verla.

FELIPE. ¿Cuando?

CONDE. Inmediatamente.

FELIPE. ¿Dónde?

CONDE. En su casa. Yo iré á la hora que fije.

FELIPE. Voy enseguida.

CONDE. Aguarde usted. Nosotros saldremos delante. Usted permanece aquí con un pretexto, y en cuanto nos marchemos...

FELIPE. ¿Usted vuelve?

CONDE. Eso es. Las dejo escogiendo su disfraz y vuelvo á saber el resultado. (Dando la mano á Felipe, luego á Bechamel.) Gracias, y gracias también á usted.

BECH. ¡Qué tontería! Estas cosas me distraen de un modo...

CONDE. Crea usted que le fastidiarían como las otras, si no fuese usted un excelente amigo.

ESCENA IX.

DICHOS, JULIETA y ANCELINA.

JUL. Ya estamos listas. Mil perdones por la tardanza.

CONDE. Ea, pues andando.

BECH. Permita usted, señora, que me convierta en caballero andante.

ANG. Usted me favorece.

BECH. ¡Quiá! Soy yo el favorecido y por todos conceptos.

CONDE. (Ofreciendo el brazo á Julieta.) Esta vez se queda usted viudo.

FELIPE. ¡Qué remedio!

CONDE. ¡Vamos, vamos!

BECH. En marcha.

FELIPE. Demonio. (Deteniéndose de pronto.)

CONDE. ¿Qué sucede?

BECH. ¿Ocurre algo?

FELIPE. Olvidaba lo principal.

JUL. ¿El qué?

FELIPE. Lo principal (¡No se me ocurre nada!)

JUL. ¿Pero el qué?

FELIPE. Vayan ustedes. ¡Voy enseguida!

CONDE. Sí, sí. Ya nos alcanzará.

JUL. ¿Qué puede habérsele olvidado?

BECH. Lo principal, señora, no lo oye usted.

JUL. No tardes.

BECH. Á cualquiera se le olvida lo principal. (Vánse por el foro.)

ESCENA X.

FELIPE, luego UN CRIADO con bandeja y una tarjeta.

FELIPE. (Yendo á la ventana á verlo salir.) Ya salen. En dos minutos desempeño mi comisión. Creo que ha sido buena idea la del conde. Pero necesito saber por Bechamel el domicilio de la Condesa. ¡Daría cualquier cosa por arreglarlo! Ya que la casualidad me obligó aquella noche á intervenir en este desgraciado asunto, deber de amistad es hacer cuanto esté de mi parte por asegurar la tranquilidad y el porvenir de esta pobre niña.

CRIADO. Señorito.

FELIPE. ¿Eh?

CRIADO. Esta señora aguarda en la antesala.

FELIPE. «Condesa de Clermont.» ¡Odette! ¿Me busca á mí?

CRIADO. Sí, señor.

FELIPE. (¿Á qué vendrá?) Díle que pase. (Vase el Criado.) ¡Casualidad más rara! ¿Querrá hablarme del Conde? ¿Sabrá que están en Niza?

ESCENA XI.

FELIPE y ODETTE por el foro.

ODETTE. Como siempre, indiscreta, ¿no es verdad?

FELIPE. ¡Condesa!

ODETTE. Ante todo, debo decir á usted que he preguntado si se hallaba solo.

FELIPE. ¿Por qué razón?

ODETTE. Porque á un recien casado como usted, no le gustaría mucho recibir delante de su esposa á una casada...

como yo. ¡Já, já, já! ¡Sabe usted que estos últimos años le han sentado bien! ¿Cuándo nos vimos? ¡Ah! ¡En Viena! Ya recuerdo. ¡Época feliz!

FELIPE. ¿Porque éramos más jóvenes?

ODETTE. Por eso... y otras cosas.

FELIPE. ¿Y á qué debo el placer de su visita?

ODETTE. En primer lugar, yo no sabía que estuviese usted en Niza.

FELIPE. Llegué anoche.

ODETTE. Hace tres llegamos nosotros. Pues bien: figúrese usted que habíamos alquilado dos balcones para ver las máscaras. Nos reunimos varias amigas en sociedad. ¿Comprende usted? Pero el dueño de la casa, que debe ser muy torpe, nos los dió separados. Tenemos en medio otro balcón, y claro está. Es un obstáculo insuperable. Preguntamos quién era el atrevido que así se permitía interponerse entre nosotras, y cuál fué mí sorpresa al saber que el propietario en cuestión se llamaba Felipe de Castel.

FELIPE. ¡Ah!

ODETTE. Yo me encargo de verle, exclamé llena de júbilo. Estaremos juntas. Ese caballero cambiará su balcón por uno de los nuestros. ¿Dónde vive? El dueño de la casa me dió sus señas, y héme convertida en embajadora para suplicarle de hinojos el cambio apetecido.

FELIPE. (Nada sabe.)

ODETTE. ¿Qué debo decir á mis amigas?

FELIPE. Que con tan bella embajadora, su pleito estaba ganado de antemano.

ODETTE. Siempre galante con las damas.

FELIPE. ¿Y era esa la única causa de su visita?

ODETTE. Esa, y la curiosidad de ver á un amigo, del cual estaba separada largo tiempo.

FELIPE. Un amigo franco y leal.

ODETTE. Es cierto. Por lo mismo, no quiero usar de ambajes ni rodeos. ¿Hace mucho que ha visto usted á mi hija?

FELIPE. Muy poco, señora.

ODETTE. Debe estar muy alta y muy bonita.

FELIPE. ¡Es hechicera!

ODETTE. ¿Se me parece?

FELIPE. Casi nada. Es otro tipo.

ODETTE. ¡Y tener que preguntar á usted estas cosas! ¡Yo! ¡Su madre! ¡Oh! ¡Nunca le perdonaré tal separación.

FELIPE. Parece que el recuerdo de Angelina la preocupa á usted más que en Viena. Entonces no me preguntó usted por ella.

ODETTE. Mi vida era más agitada en aquella época.

FELIPE. Efectivamente. Y el porvenir se presentaba sereno y brillante. Una joven rodeada de adoradores, rica y orgullosa, no tenía tiempo de pensar en su hija. Después pasan los años, el porvenir aquél desaparece, presentándose en su lugar otro mucho más triste y pálido. Entonces brotan en el corazón los marchitos recuerdos, como esas pobres flores sin aroma que nacen en un campo desierto!

ODETTE. Es verdad. (Pausa.)

FELIPE. ¿Piensa usted permanecer en Niza muchos días?

ODETTE. Una semana.

FELIPE. ¿Y luego?

ODETTE. Iré á París.

FELIPE. ¿Con Frontenac?

ODETTE. Sin duda.

FELIPE. ¿Le ama usted?

ODETTE. ¡Bah! ¡Es una costumbre!

FELIPE. ¿Pero se siente usted dichosa?

ODETTE. ¿Dichosa? ¡Sí! Cuando sueño con el pasado. Cuando me figuro ser lo que antes era. Cuando cierro los ojos y me digo: «¡Tú eres una mujer honrada! ¡Tu esposo te adora! Has pasado estos quince años al lado de tu hija, y vives todavía entre el dulce arrullo de sus caricias.» ¡Entonces soy dichosa! ¡Muy dichosa! Pero al despertar luego.—La realidad, la horrible realidad! ¡Luchas! ¡Hastío! ¡Falsedad y miseria! (Pausa.)

FELIPE. ¡Y sin embargo, si usted quisiera podría modificar esa triste existencia!

ODETTE. ¿De qué modo?

FELIPE. Condesa, á mí tampoco me gustan los rodeos. La diplomacia no es mi fuerte. También estaba yo encargado de una mision que iba á cumplir cerca de usted hace un instante.

ODETTE. No entiendo... ¿Una misión? ¿De parte de quién?

FELIPE. De su marido.

ODETTE. (Levantándose.) ¿Está aquí el Conde?

FELIPE. Acababa de marcharse cuando usted llegó.

ODETTE. ¿Solo?

FELIPE. ¡No! Le acompaña su hija.

ODETTE. ¡Oh!

FELIPE. El Conde solicita una entrevista.

ODETTE. ¡Basta! ¡No siga usted! No quiero saber nada.

FELIPE. ¿Por qué, señora?

ODETTE. Si tiene tal empeño que se tome el trabajo de indicármelo... á mí .. personalmente. No se figure usted que temo semejante entrevista. ¡Al contrario! En ello tendré ocasión de arreglar nuestra cuenta pendiente...

FELIPE. No obstante...

ODETTE. Toda insistencia será inútil. En usted sólo deseo ver al amigo. Los asuntos del Conde son de su exclusiva pertenencia.

FELIPE. Pues bien: para tratar de esos asuntos quiere hablar con usted. Señale usted una hora, y vea usted si puede recibirle en su casa.

ODETTE. No. Imposible. Nos veremos en otra parte. Aunque bien mirado, no me importa. En el salón de juego podemos hablar. Aquello es un júbileo, y ninguno se fija en nadie. ¡Sí, sí! Cuanto antes mejor. Catorce años de absoluto silencio fatigan y abruman el alma. Tiempo es ya de desahogarla. ¡Esta noche! ¡Cuando guste!

ESCENA XII.

DICHOS y EL CONDE.

El Conde sale por el foro momentos antes, y se acerca poco á poco á la condesa.

CONDE. Entonces ahora mismo.

ODETTE. ¡Oh! (Pausa.)

CONDE. Aunque nada tenemos que temer, póngase usted en acecho para evitar cualquier sorpresa.

FELIPE. Esté usted tranquilo.

ESCENA XIII.

ODETTE y el CONDE.

CONDE. Toda vez que la casualidad nos ha reunido, fuerza es aprovecharla. En tres palabras voy á decir á usted lo que deseo. Usted está arruinada, plagada de deudas y próxima á la bancarrota Yo lo pago todo y doblo mi pensión desde hoy.

ODETTE. Condiciones.

CONDE. Usted partirá de Niza en el primer tren, jurando... No, no me fiaría. Comprometiéndose bajo pena de perder su dinero á no volver nunca á Paris, a abandonar la Francia, eligiendo en el extranjero cualquier residencia. Me es igual.

ODETTE. Primera condición. ¿Y la segunda?

CONDE. Desde este momento deja usted de usar mi nombre. Llámese usted por el suyo ó por otro cualquiera; pero no se titule usted más condesa de Clermont.

ODETTE. ¿Tercera?

CONDE. Eso es todo.

ODETTE. ¿Todo?

CONDE. Sí.

ODETTE. No acepto.

CONDE. ¡Oh!

ODETTE. ¡París... la Francia... Pchist! Pero dejar mi nombre, ¿un nombre que me pertenece de derecho por otro que me convertiría en aventurera? ¡Jamás!

CONDE. ¿Qué otra cosa es usted?

ODETTE. Soy la condesa de Clermont. La sociedad abre sus puertas á este título y no á un nombre cualquiera. No quiero vender ese derecho. Me lo guardo.

CONDE. Y yo no quiero que mi nombre sirva de muestra vergonzosa, siendo escarnio de orgías y bacanales.

ODETTE. Bonito escrúpulo, después de haberme servido quince años para eso. ¿Por qué así tan repentinamente quiere usted volverle su antiguo explendor?

CONDE. ¿Por qué? Va usted á saberlo. Quizás comprenda usted ahora. Un hombre honrado: un joven que reune cuantos títulos pueden hacerlo acreedor á ella, está enamorado de Angelina. La familia exige que usted se expatríe, que renuncie á mi nombre. No se trata de mí. Se trata de mi hija. De su hija de usted, que sueña con la boda y que está también perdidamente enamorada.

ODETTE. ¡Ah! ¿Yo tengo una hija? ¡Usted lo afirma! ¿Quién es? No la conozco. Pero en fin, supongámoslo. ¿Va á casarse? Corriente. Dos preguntas ahora. El día de la boda, ¿la llevaré á la iglesia? No. Y después de casada, ¿me permitirá usted que la vea siquiera? Tampoco. Pues si para nada se cuenta conmigo, ¿qué me importa enlace semejante?

CONDE. ¡Oh! ¡Mala madre también!

ODETTE. Ni buena ni mala. Usted y los tribunales me robaron hace quince años el derecho de serlo.

CONDE. Y durante esos quince años terribles que usted invoca, ¿se acordó usted siquiera de recuperar su derecho? ¿No dejó usted de ver á su hija cuando se marchó á Lóndres?

ODETTE. ¿Y cómo me permitían ustedes verla? Dos veces por semana. En casa de una extraña, con la fría reserva de una etiqueta estúpida. ¿Y para qué? Para confiarla

luego á los tiernos cuidados de una criada. Para enseñarla á odiarme, á despreciarme.

CONDE. Mi hija la cree á usted muerta.

ODETTE. Pues si la madre ha muerto para ella, ella también ha muerto para mí.

CONDE. No tiene usted ni aun la virtud del arrepentimiento. Le ofrezco á usted el único medio de remediar un poco el mal que usted ha causado, mereciendo, si no el perdón, algo de simpatía, y su vanidad de usted, su feroz vanidad se opone á ello por ostentar tan solo en sus tarjetas el título que invoca; ¡por llamarse condesa de Clermont! ¡Pedir tal sacrificio! ¡Qué locura!

ODETTE. Palabras sin sentido. Después hablará usted de la voz de la sangre. Sí, sí. Conozco todo eso. Pero un hijo no es sólo nuestro porque nació de nuestro sér. Un hijo es nuestro por haberle mecido en nuestros brazos, por haber velado sus noches de insomnio, por haber llorado con sus lágrimas y haber reído con sus alegrías. Esa, esa es la verdadera maternidad. Usted me la ha robado. ¿Quiere usted devolvérmela? Pues bien, acepto todos los deberes, si puedo usar de todos los derechos, ó soy madre completa, ó no soy madre. ¿Quiere usted que lo sea? ¿No? ¡Entonces no lo soy! Todo está dicho. ¡Adios!

CONDE. Pero, señor, ¿por qué no la maté?

ODETTE. Á la esposa quizás. Á la madre no tenía usted derecho, y, sin embargo, ¡lo hizo usted! Hoy ha llegado mi vez, y quiero vengarme.

CONDE. ¿Vengarte... de tu hija? Acibarar su vida como acibaraste para siempre la mía! ¡Infame! ¡Miserable!

ODETTE. ¡Oh! Si insulta usted así...

CONDE. No, no. Escúchame y tengamos calma, porque al fin no se trata de nosotros. Se trata de ella, de ella sola.

ODETTE. ¿Te quiere mucho?

CONDE. ¡Pues bien, sí! He abusado de mi derecho. He sido egoista, cruel, implacable. Pero nuestra hija es inocente. No tiene nada que ver con nuestras propias

faltas. ¿Quiere usted que el primer dolor de su vida se lo cause se madre?

ODETTE. ¿Y por quién se lo causa?

CONDE. Pero en nombre del cielo no hablemos del pasado que ya no existe. Hablemos de tu hija. ¡Un grito del corazón! Algo de humano. ¡Un poco de lo que guarda el bruto para los suyos! ¡Es tuya, no puedes arrancarla de tu vida! Ódiame, exécrame, mátame si quieres, pero no sacrifiques al ser de tus entrañas.

ODETTE. Cuanto haces es absurdo. Pretendes renovar las cenizas de un amor latente y profundo; pretendes despertar mi corazón de madre haciéndome sentir esos goces que nunca he disfrutado. ¿Y con qué objeto? Para arrebatármela de nuevo. Me ves henchida de amargura; escéptica, sin más esperanza que ese ignorado amor que así te empeñas en infiltrarme. ¿Para qué? ¿Para alejarme de ella, para no saborear nunca su deleite? Pues bien; el grito que ambicionas, acaba de lanzarlo mi conciencia. Quiero gozar de aquella dicha que lloré perdida! ¡Quiero saborear su dulzura! Quiero en fin una parte de lo que tú sólo disfrutas sin razón ni derecho. ¡Dámela ya que es tan buena! ¡La reclamo!

CONDE. No entiendo bien.

ODETTE. Oye mis condiciones. Partiré donde quieras; pero antes he de verla.

CONDE. ¿Para decirla quién eres? Nunca.

ODETTE. ¿No?

CONDE. ¿Entonces bajo qué títulos se presentará delante de su hija?

ODETTE. Como una amiga ó tuya ó de su madre. De cualquier modo con tal que yo la vea.

CONDE. ¿Qué espera usted obtener de ese capricho?

ODETTE. ¡El verla nada más! ¿Le sorprende á usted que después de quince años ambicione ver el color de sus cabellos y escuchar el sonido de su voz?

CONDE. ¡No, no! ¡Imposible! ¡Podría perderlo todo en un

minuto!

ODETTE. Conteste usted, si ó no?

CONDE. ¡No! ¡Estoy resuelto!

ODETTE. ¡Entonces ya no snplico, exijo! Es necesario... entiende usted? ¡Es necesario que yo hable con mi hija! De grado ó por fuerza!

CONDE. ¿Por fuerza?

ODETTE. Le escribo dos palabras y firmo «tu madre.» ¡Ya ve usted si la fuerza es convincente!

CONDE. ¡No harás eso!

ODETTE. ¡Lo haré! *¿No llamaste á la madre?* aquí la tienes, al fin ha respondido.

CONDE. ¡No! Te engañas. Tú ocultas una intención que ya adivino. Quieres por ese medio descubrirlo todo. Llamarla tu hija en un momento de arrebato, y valerte de sus lágrimas para reconquistar tu antiguo puesto y tu perdido rango.

ODETTE. Y aunque así pensara, ¿sería insensato?

CONDE. ¡Sería inútil!

ODETTE. ¿Y si hiciese la prueba?

CONDE. Hazla, te desafio.

ODETTE. ¿Bueno, quizá la intente!

ESCENA XIV.

DICHOS y FELIPE.

FELIPE. Pronto, señor Conde, Angelina y Julieta vienen hacia aquí!

ODETTE. ¡Ella!

CONDE. ¡Márchese usted!

FELIPE. Sí, si. Por esta puerta. (Señalando á la izquierda.)

ODETTE. Marcharme cuando voy á satisfacer mis deseos? Cuando el cielo me trajo sin duda para eso?

CONDE. ¡Márchese usted ó la obligo á ello!

ODETTE. Gritaré, pediré auxilio y promoverá usted un escándalo. ¡Mejor así sabrá todo el mundo la historia!

FELIPE. Ya suben la escalera.

CONDE. ¿Se marcha usted?

ODETTE. Sí, prometiéndome que la veré mañana.

CONDE. ¡Lo prometo!

ODETTE. ¿Dónde?

CONDE. Felipe irá á decírselo á usted dentro de media hora. (Óyense las risas de Angelina y Julieta.)

ODETTE. Como me engañes la escribo.

CONDE. Lo juro por mi honor, por su vida, vete.

ANG. ¡Papá! ¡Papá! (Dentro.)

ODETTE. Hasta mañana. (Vase por la derecha.)

ESCENA XV.

DICHOS, ANGELINA y JULIETA.

ANG. ¡Papá, papá! ¡Já, já, já! (Ambas salen corriendo con sus dominós. El Conde de espaldas contra la puerta por donde salió Odette. Felipe sale al encuentro de Angelina. El telón empieza á bajar cuando aparecen las dos y abrazan, Angelina al Conde y Julieta á Felipe.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salón en la quinta del Conde. Á la izquierda, segundo término, gran puerta que conduce á su gabinete. Á la derecha, primer término, el cuarto de Angelina. El fondo abierto casi enteramente. Puerta entre dos anchas ventanas. Detrás el jardín y la vista del muelle y de la ciudad de Niza.

ESCENA PRIMERA.

ANGELINA y JULIETA.

Aquella de pie cerca del foro contempla el mar. Julieta, sentada á la derecha examina varios periódicos ilustrados.

ANG. Me parece que hoy vamos á tener mal tiempo. Las olas son cada vez mayores, y el viento sopla con violencia. ¡Oh! ¡Qué hermoso está así el mar!

JUL. Á mí me causa mucho miedo.

ANG. (Baja al proscenio.) Pues yo no temería arrostrar esos peligros.

JUL. Felipe me propuso cuando nos casamos un viaje por mar. Hubiera sido encantador, según se figuraba, pasar la luna de miel en pleno Occéano.

ANG. ¿Y usted rehusó?

JUL. Sin duda. Preferí pasarla en Niza ó en Italia.

ANG. Pues si cuando me case se le ocurre á mi esposo aquella idea, la aceptaré con entusiasmo.

JUL. Momento dichoso que pronto llegará para usted.

ANG. Así lo espero. Sin embargo, todavía no hay nada decidido. Enrique es muy tímido, y aunque papá sabe muy bien que nos amamos, todavía no ha exigido mi novio una contestación definitiva. Á lo menos esto me asegura papá. Y apropósito; ya que hemos hablado de este asunto, quisiera consultar con usted. Usted se casó hace dos meses, y debe tener mucha experiencia.

JUL. Ya lo creo.

ANG. ¡Vamos á ver! Francamente. ¿Cómo se las arreglaron ustedes?

JUL. ¿Quiénes?

ANG. Usted y Felipe. ¿Cuándo se declaró? ¿Cuándo pidió oficialmente su mano?

JUL. ¡Tuve que aguardar nueve años, hija mía!

ANG. ¿Nueve años?

JUL. Yo le veía casi todos durante las vacaciones en casa de mi abuela. Recuerdo que el setenta y uno fué el primero. Verle y exclamar para mis adentros. «¡Oh! qué guapo es!» todo fué uno. Yo tenía entonces once años.

ANG. ¡Ah!

JUL. Desde aquél momento esperaba su declaración, pero ¡ya, ya! El pérfido me hizo llorar mucho.

ANG. Se comprende.

JUL. Recuerdo con todos sus pormenores la historia de esos nueve años. Solo nos veíamos, repito, en la época de sus vacaciones. Cuando llegó el setenta y dos, dijo mirándome sorprendido. «¡Jesús qué modo de crecer!...» El setenta y tres, no nos vimos. El setenta y cuatro exclamó. «Cada día más guapa.» El setenta y seis me llamó señorita, sonriendo y poniéndose colorado. El setenta y nueve me miró mucho y no me

dijo nada, y en fin, el ochenta, la misma tarde que llegó, mientras tocábamos el piano á cuatro manos, me dijo muy bajito: «¡Julieta! La adoro á usted.» ¡Y yo á usted también! respondí en el mismo tono. ¿Me permite usted que pida su mano?» ¡Sí señor! Ya es hora. Y no hubo más.

ANG. Se conoce que es hombre resuelto.

JUL. ¡Bah!

ANG. No se parece á Enrique.

JUL. ¿Le costó trabajo declararse?

ANG. Tuve que adivinarlo todo. Cuando salímos de París estaba decidido á confesárselo á su madre, que no dudaba consentiría en hacernos dichosos; pero me ha escrito, y nada me dice. Hoy aguardo carta también.

JUL. Tal vez en ésta venga la noticia.

ANG. Si viera usted cuánto desconfío...

JUL. ¿Por qué razón?

ANG. Lo ignoro. Existe un misterio que en vano pretendo adivinar. Todos sabemos perfectamente á qué atenernos, y sin embargo, nadie trata el asunto de una manera clara y terminante. Cualquiera diría que existe un obstáculo secreto; algo, en fin, que ocultar ó que decidir. ¡Si yo exigiese á papá una explicación!...

JUL. ¡Oh, quién sabe!

ANG. ¡Acepto tu consejo! ¡Voy á pedírsela!

JUL. ¿Yo? Yo no he dicho...

ANG. ¡Cómo se conoce, amiga mía, que es usted mujer de experiencia!

JUL. Pero...

ANG. Aquí viene papá... Ni una palabra.

ESCENA II.

DICHAS, el CONDE y luego BECHAMEL.

CONDE. ¡Calla! ¿Tan solas todavía? ¿Y su marido de usted?

JUL. No ha vuelto aun.

BECH. (Saliendo por el foro derecha.) En cambio vengo yo, que no hago falta.

CONDE. ¡Oh! Usted hace falta siempre, querido amigo.

BECH. ¿Qué tal, desde ayer tarde? ¿Han soñado ustedes con las máscaras?

JUL. Aunque me diverti mucho, no soñé con ninguna.

ANG. Ni yo tampoco.

BECH. ¿Y Felipe?

JUL. Hace más de una hora que se marchó.

CONDE. Fué á preparar las flores para la fiesta de esta tarde.

JUL. Dicen que se libra entre las máscaras una verdadera batalla.

BECH. En efecto, ayer nos arrojábamos harina, hoy nos arrojaremos ramos de pensamientos y violetas.

ANG. Prefiero las flores.

BECH. Cuando menos, tienen la ventaja de perfumar la atmósfera, lo cual produce fuertes jaquecas y dolores nerviosos.

JUL. ¡Pero cuánto tarda!

ANG. Vamos á esperarle en el jardín.

JUL. Vamos.

ANG. ¡Le traeremos en triunfo! (Vánse por el foro de la derecha.)

ESCENA III.

EL CONDE y BECHAMEL.

BECH. Me alegro que nos hayan dejado solos ¿Sabe usted lo de anoche?

CONDE. ¿Lo de anoche?

BECH. ¿No lo sabe usted? En casa del doctor... ¡Un escándalo enorme!

CONDE. ¿Qué doctor?

BECH. El doctor Oliva.

CONDE. ¡Ah! ¿Y dice usted que hubo un escándalo?

BECH. De graves consecuencias. Como siempre, se jugaba á la banca. La partida era soberbia. Yo me hallaba en el

salón por azar. ¡Me fastidio de tal modo! Pues bien, de pronto uno de los puntos increpa descaradamente al banquero. Á Frontenach. ¿Recuerda usted?

CONDE. Sí.

BECH. Le acusaba de fraude, asegurando que la baraja estaba marcada. Sorpresa general. Frontenach palidece. No sé quien examina las cartas, y en efecto, se nos robaba con la más exquisita delicadeza. Figúrese usted lo que allí se movería. Gritos, protestas, confusión horrible. La condesa, roja de cólera, insultaba al banquero. Todos le exigían la devolución inmediata de las apuestas. En fin, gracias á que pudo escapar no sé por donde, y á las súplicas del amo de la casa, logró evitarse la intervención de la policía. Pero el escándalo fué de tal naturaleza, que debía necesariamente hacerse público. La prensa se ocuparía del asunto, y el nombre de la condesa correría mezclado con el de Frontenach, sirviendo de pasto á la maledicencia.

CONDE. ¡Esto más!

BECH. Tranquilícese usted. Inmediatamente se me ocurrió una idea salvadora.

CONDE. ¡Ah!

BECH. Si, señor. Me lancé á la calle, y recorrí la redacción de todos los periódicos locales. Esto me distrajo extraordinariamente. «Hablaremos del hecho.» me digeron; pero ocultaremos el nombre de la condesa. No habrá iniciales ni alusiones.

CONDE. Gracias mil veces, Bechamel.

BECH. Sólo un periódico hallé recalcitrante, *El Teléfono*. La sociedad de Niza sería incompleta, si al lado del periodista honrado, no bullese el aventurero. Mi súplica produjo general carcajada. «¡Prescindir de un escándalo! decía el director. ¡Cuando mi periódico vive de ellos!» ¡Cuando mi sátira explota diariamente! ¿Cuánto vale el silencio, exclamé imperturbable? «Quinientos francos.» Tome usted. Y en efecto, se los guardó. ¿Pero quién me garantiza la ejecución sincera de este con-

trato? «Mi probidad y mi honradez,» respondió el jefe con altanería: hoy he visto *El Teléfono,* no díce tampoco una palabra.

CONDE. De modo, amigo mío, ¿que me ha salvado usted del ridículo y de la murmuración?

BECH. ¡Oh! no me agradezca usted nada. Lo hice por pasar el rato. Créalo usted.

ESCENA IV.

DICHOS, ANGELINA, JULIETA y FELIPE.

JUL. ¡Al fin llegó!

ANG. Lo traemos prisionero.

BECH. Hay que imponerle un castigo por su tardanza.

FELIPE. Reclamo la indulgencia del tribunal.

JUL. ¿Y las flores?

FELIPE. ¿Qué flores?

JUL. ¡Esta es buena!

ANG. ¿No fué usted á comprarlas?

FELIPE. ¡Ah! Si, es verdad. Fuí á comprar las flores. (¡Diablo! No me acordaba.) Acabo de mandar que las lleven á nuestro balcón. ¿Para qué las queríamos aquí?

CONDE. Dice bien.

JUL. Entonces las veremos. (Bechamel, Julieta y Angelina hablan cerca del foro.)

CONDE. (Ap. á Felipe.) ¿Qué hay?

FELIPE. Todo está arreglado. Vendrá aquí dentro de cinco minutos. He venido corriendo á prevenir á usted. Hemos quedado en que pasará por una amiga de usted... y de su madre.

CONDE. Bien.

FELIPE. Le advierto á usted que á la menor imprudencia, á la más pequeña ocasión, la condesa descubre su verdadero nombre.

CONDE. Sospecha usted...

FELIPE. No. Me lo ha dicho ella misma. Se me presenta una

ocasión magnífica para recuperar el cariño de mi hija. Si no la aprovecho, jamás hallaré otra. Esté usted prevenido.

CONDE. Lo estoy á todo. En su situación, no omitirá ningún medio para obtener lo que desea. ¿Pero qué hacer? Si me niego á la entrevista, es muy capaz de escribir á mi hija, ó de encontrar cualquier excusa para hablarla y revelárselo todo. Prefiero hacer la prueba. Yo estaré presente; puedo intervenir. ¡Qué sé yo! Abrigo la esperanza de evitar esa terrible explicación.

FELIPE. Calle usted. Creo que se acerca un coche.

CONDE. ¡Angelina! ¡hija mía!

ANG. ¡Papá! (Felipe se acerca á Julieta y Bechamel, y no deja de mirar al foro derecha.)

CONDE. Te voy á presentar una persona... una dama que conocí hace tiempo; cuando eras pequeñita, y que tiene gran deseo de volverte á ver.

ANG. ¿Vendrá pronto, papá?

CONDE. Ahora mismo. Su coche acaba de llegar.

ANG. ¿Y por qué no me la has presentado hasta hoy?

CONDE. Porque... estuvo viajando largo tiempo. La casualidad nos reunió la otra tarde en la playa. ¡Ah! No te sorprendas ante su tristeza. La pobre sufrió mucho.

ANG. ¡Ah!

CONDE. Te hablará positivamente de tu madre.

ANG. ¡Cómo! ¿Esa señora la ha conocido?

CONDE. Si.

ANG. Entónces tendré mucho gusto en hablar con ella. (El Conde hace una seña á Felipe que se marcha por la derecha, Julieta y Bechamel se dirigen despacio hacia la izquierda por donde desaparecen.) Pero mientras; respóndeme, papá. ¿De veras no has recibido carta de Enrique?

CONDE. La espero hoy. ¿Por qué había de ocultártelo?

ANG. ¡Qué sé yo! ¿Y dime, papá mío. Crees que consentirá su madre en esa boda?

CONDE. ¡Quién sabe! ¡Allá veremos!

ANG. ¿Y por qué no?

CONDE. ¡Bah! Cuestión de dote, de familia. Cosas de las cuales no deben ocuparse las niñas.

ANG. Las niñas no, pero las grandes ..

CONDE. Mucho menos.

ANG. Sin embargo, papá...

CONDE. Bueno, bueno. Luego hablaremos de ello. Ahora, ya lo ves, estoy preocupado. Esta visita; esta infelíz señora, que me recuerda... ¿Tienes confianza en mí?

ANG. Ya lo creo. Confianza ciega.

CONDE. Bueno. Pues cuanto haga, cuanto haya podido hacer, creélo, hija mía, habrá sido y será por tu felicidad.

ANG. Lo sé, y no insisto.

CONDE. ¡Ella es! ¡valor!

ESCENA V.

DICHOS y ODETTE.

Pausa larga. El Conde le sale al encuentro y le indica que se siente. Odette no ve al entrar á Angelina; pero á sus primeras palabras la mira bruscamente y con gran curiosidad.

CONDE. ¡Hija mía! Te presento á la señora de quién hemos hablado, y que tanto deseaba conocerte.

ANG. ¡Señora!...

ODETTE. (De pie y conmovida apenas puede contestar, Angelina admirada mira á su padre. Odette hace un esfuerzo y contesta sonriendo.) Suplico á usted me dispense, señorita; pero su voz de usted despierta en mi corazón tantos recuerdos!... ¡Cuánto ha crecido usted! ¡Y como ha conservado su angelical belleza! La ví á usted por última vez hace quince años. ¡Me parece que la contemplo á usted aun jugando alegremente, con su negro y flotante cabello, y su sonrisa celestial! ¡La misma de ahora! ¿Y usted no me recuerda?

ANG. ¡No, señora!

ODETTE. ¡Es natural! (Sentándose en el puff.)

ANG. ¿Papá me ha dicho que fué usted muy amiga de mi madre?

ODETTE. Amiga de la infancia.

ANG. ¡Cómo la envidio á usted! Y después de casada, ¿la vió usted?

ODETTE. Si.

ANG. ¿Estaba usted con ella cuando murió?

ODETTE. ¡No, entonces no!

ANG. ¿Pero sabrá usted la desgracia?

ODETTE. Ignoro sus detalles. En esa época me hallaba muy lejos de Francia.

ANG. ¡Oh! La catástrofe ocurrió en Beauville, cerca de la costa. La lancha donde iba no pudo resistir un golpe de viento inesperado, y naufragó sepultándola entre las olas.

ODETTE. De modo, pobre niña, que ni aún tiene usted el consuelo de saber el sitio donde yace.

ANG. ¡Oh! ¡no! ¡Es tan inmenso el mar! Sin embargo, papá mandó construir en Bretigny... ¿Conoce usted, Bretigny?

ODETTE. Un poco.

ANG. Allá tenemos una hermosa quinta á medio amueblar, y en el fondo del parque, bajo los plátanos, mandó construir papá un hermoso sepulcro donde depositamos nuestras flores y donde yo rezo siempre por ella como si estuviera su cuerpo allí encerrado.

ODETTE. ¿Y no recuerda usted nunca su rostro?

ANG. ¡Nunca! Por más esfuerzos que hago, nunca consigo recordarlo. ¿Era muy bonita, verdad?

ODETTE. ¿No tiene usted ningún retrato de ella?

ANG. Ninguno. El único que existía en nuestra casa de París, y que usted vería sin duda...

ODETTE. ¡Eso es! ¡Un gran retrato muy parecido!

ANG. Se quemó, gracias á la torpeza de una doncella que prendió fuego á las colgaduras de una ventana, cerca de la cual estaba el lienzo.

ODETTE. ¡Ah! ¡Comprendo!

ANG. Sólo poseo una miniatura, pero en ella mamá está retratada muy joven. De trece ó catorce años.

ODETTE. Es verdad. Ya recuerdo.

ANG. ¿Quiere usted verla? Aguarde usted. (Vase.) Pausa. El Conde de pie. Odette con la cabeza inclinada, inmóvil. Á poco sale Angelina con un cofrecito que coloca sobre el velador.) Aquí están mis reliquias. Todo esto era suyo. Mire usted, una cartera. Estambre con que bordaba; la cruz de oro, y la miniatura. (Le da el medallón por detrás del sofá. Luego se apoya en el respaldo, y su rostro roza el de Odette.) ¿Se parece?

ODETTE. Mucho.

ANG. Nadie ha podido decírmelo hasta ahora. (Se inclina más todavía para mirar el medallón sin reparar en la turbación creciente de Odette.) ¿Es muy linda, verdad?

ODETTE. (Luchando contra su emoción. Movimiento del Conde que la ve próxima á abrazar á su hija. Odette retira su rostro de aquella.) ¡Muy linda! ¡Mucho!

ANG. ¡Qué aire tan dulce y tan bueno! ¡Claro está! Lo mismo que ella era!

ODETTE. ¿Quién se lo ha dicho á usted?

ANG. ¡Papá!

ODETTE. ¡Ah! Su papá de usted le habló algunas veces de...

ANG. ¿De mi madre? ¡Bah! Constantemente. Recordamos sus gustos, sus caprichos, sus trajes, sus flores predilectas. Mire usted. (Mostrando un jarrón lleno de flores que habrá sobre el piano.) ¡Lilas blancas! Las que más adoraba. Por eso las prefiero yo también.

ODETTE. ¡Sí! En efecto.

ANG. ¡Bah! Si hablamos de ella cien veces cada día. Papá se empeña en que mi tipo no es el suyo; y afirma que en nada la parezco.

ODETTE. ¿En nada?

ANG. Pero en fin, si en lo físico nací tan diferente, procuro parecerme á mi adorada madre en lo moral. ¡Era tan sencilla, tan cariñosa, tan honrada! (Abrazando á su padre.) ¡Oh! ¡Si le oyera usted! ¡Cuánto la elogia! (El

Conde coge una mano de Angelina y la besa. Después se levanta y se dirige al foro ocultando su emoción. Angelina se levanta también y le sigue con los ojos. Después se aproxima á Odette y dice bajando la voz.) Todo esto le entristece. No se ha consolado todavía. ¡La amaba tanto! ¡Y debía sentirse tan amado!

ODETTE. (Para evitar una respuesta la enseña el medallón que aun conserva.) ¿Conoce usted el secreto de este medallón? (El Conde se acerca un poco)

ANG. ¿El secreto?

ODETTE. ¡Cómo! ¿No sabe usted que se puede abrir?

ANG. Nunca se me ocurrió.

ODETTE. Oprimiendo este resorte. (El Conde se acerca á Angelina.) Dentro guardaba su madre de usted...

ANG. ¿El qué, señora?

ODETTE. Como sus negros cabellos de usted la recordaban los suyos de niña, hizo con ambos una pequeña trenza que delante de mí guardó gozosa en este doble fondo.

ANG. Papá no me lo ha dicho.

ODETTE. Lo ignoraba sin duda. Mire usted. (Abriendo el medallón.) ¡Oh! Aquí está. (Besándolo.)

ANG. ¡Gracias! ¡Cuánto agradezco á usted este recuerdo! Si no es por usted jamás hubiese visto.. ¡Oh! Déjeme usted besarla en su nombre. (La abraza y la besa.)

ODETTE. ¡Ah!

ANG. ¡Qué buena es usted! ¡También llora pensando en ella!

ODETTE. (Con resolución y cogiendo las manos de Angelina.) ¡Sí! ¡No puedo remediarlo! ¡Su madre de usted sería tan dichosa en este momento! ¡Con cuánto placer escucharía esas frases de acendrado cariño! ¡Cómo aspiraría el perfume de ese santo amor!...

ANG. ¡Oh! ¡Si!... Seríamos muy dichosas!

ODETTE. (Apretando sus manos.) ¿No es verdad?

ANG. ¡Qué muerte tan horrible!

ODETTE. ¡Y sin embargo, existe otra separación más cruel!

ANG. ¿Cómo?

ODETTE. En esta misma ciudad hay una mujer... Su padre de

usted la conoce también: una mujer que desde hace largo tiempo vive separada de su marido y de su hijo.

ANG. ¿Por qué razón?

ODETTE. Les ha separado la justicia.

ANG. ¿Es mala esa mujer?

ODETTE. ¡Es... desgraciada!

ANG. ¿Y no trató nunca de reunirse otra vez á su marido?

ODETTE. Su marido no quería verla más.

ANG. ¿Y el hijo?

ODETTE. Le fué adjudicado al padre por los tribunales.

ANG. Creerían sin duda que ella no era digna de conservarle. Y diga usted. ¿Se resignó á tal separación?

ODETTE. ¡Por fuerza!

ANG. ¿Sin hacer nada para que le volvieran su hijo?

ODETTE. ¡Qué iba á hacer!

ANG. ¡Muy sencillo! Arrepentirse de lo pasado y volverse buena. De ese modo habría merecido el perdón.

ODETTE. (Herida en lo profundo de su alma y soltando las manos de su hija.) ¡Ah!

ANG. Pero no hablemos de esa infame mujer. Hablemos de mi madre.

ODETTE. ¡No, no! No hablemos más ¡Calle usted! (¡Dios mío! Y ha sido ella!... ¡Mi hija, oh! Qué horrible castigo.) (Llorando y apoyando la cabeza en el respaldo del sofá. Angelina corriendo asustada hacia su padre que la abraza)

ANG. ¡Qué mujer tan extraña! (Pequeña pausa.)

ODETTE. Mis lágrimas la sorprenden á usted; ¿no es verdad? Es... que yo también, señorita, tenía una hija y acabo de perderla para siempre.

ANG. ¡Ah!

ODETTE. (Enjugando sus lágrimas.) ¡En fin! Dejemos este asunto. Me han dicho que va usted á casarse.

ANG. Así parece, señora. Aunque existen obstáculos según creo, que dificultan algo la boda.

ODETTE. Será preciso que esos obstáculos desaparezcan. Desde hoy no habrá ninguno. (Angelina se acerca. Odette coge sus

manos.) Usted se casará con el que ama, con el que siempre amará usted, disfrutando toda la dicha que merece. Guarde usted siempre en el fondo de su corazón, ese puro recuerdo de su madre. Ella velará por usted. Asocie usted su nombre á sus alegrías, á sus pesares, y que la imágen de la que tanto adora, no se separe jamás de su memoria. Haga usted esto por su madre, ya que ella nada puede hacer por usted.

ANG. ¿Se marcha usted ya?

ODETTE. Es preciso. Voy á partir de Niza dentro de poco.

ANG. ¿Será posible? ¿No volverá usted? ¿No la veré á usted más?

ODETTE. Sí, en otra parte.

ANG. ¿Asistirá usted á mi boda?

ODETTE. Imposible.

ANG. ¡Oh! Yo se lo ruego. ¡Sería tan feliz!...

ODETTE. El luto me lo impide.

ANG. Es cierto. Su hija de usted.

ODETTE. Sí. ¡Mi hija! ¡Mi querida hija! La hija de mis entrañas. (Al Conde que se acerca.) No puedo más. Que se aleje de aquí. (El Conde hace señas á Angelina que retrocede hacia la derecha. Odette se acerca al Conde y le dice en voz baja.) Lo acepto todo. Partiré dentro de una hora. Nunca nos volveremos á ver. (Mira á su hija por última vez y se lanza por la puerta del foro.) ¡Dios mío! ¿Por qué he venido aquí? (Vase por la puerta del foro.)

ESCENA VI.

ANGELINA y el CONDE.

ANG. ¡Pobrecita señora! ¡Qué lástima me da!

CONDE. ¡Sí, hija mía! Es digna de compasión. Pero anda, guarda eso. (El cofrecito.)

ANG. (Tengo una pena tan grande.) (Vase.)

ESCENA VII.

EL CONDE, luego BECHAMEL y JULIETA.

CONDE. ¡Al fin respiro! Es imposible comprender todos los tormentos que han torturado mi corazón.

JUL. ¿Está usted solo?

CONDE. ¡Oh, Julieta! ¡Amigo mío! ¡Qué prueba tan horrible!

BECH. Pero...

CONDE. No dijo nada. No descubrió el secreto. El cielo puso en los lábios de Angelina el mejor escudo. Su inocencia y su amor triunfaron de la malicia, venciendo el frío indiferentismo de aquél alma. Odette ha sido madre un momento y ha llorado.

JUL. Si usted supiera con cuánta ansiedad esperábamos en el jardín!

CONDE. ¿Y Felipe?

JUL. Fué á acompañarla hasta el carruaje.

BECH. ¿De modo que acepta cuanto usted la propuso?

CONDE. ¡Sí! Dentro de una hora saldrá de Niza, y dejará de llamarse condesa de Clermont.

JUL. Lo cual asegura el matrimonio de Angelina.

CONDE. Luego escribiré á Enrique para que entere á su madre de lo ocurrido.

BECH. ¡Bravísimo! Tenemos boda en ciernes. Me doy por convidado. Supongo que se verificará muy pronto, porque empiezo á fastidiarme en Niza de una manera atroz.

CONDE. En cuanto regresemos á París nos ocuparemos de eso sin descanso.

JUL. Y poquito trabajo que dan los preparativos de una boda.

BECH. ¡Uf! ¡El trouseau, el notario, los testigos! Por supuesto, yo me encargo de todo. Ocúpenme ustedes cuanto puedan. ¡Nada! No me dejen ustedes dormir ni sosegar. Un ejercicio activo de quince ó veinte días, me

vendrá como de molde. ¡Qué lástima que se haya casado usted, señora!

JUL. ¿Por qué?

BECH. Porque su boda me entretendría otro mes.

JUL. Ya no tiene remedio.

BECH. ¡Sí, una idea! ¡Divórciese usted! Yo me encargo de todo.

JUL. ¡Qué desatino!

BECH. Crea usted que debe ser muy agradable.

JUL. ¿Pero está usted loco?

BECH. Haga usted ese sacrificio por un amigo.

JUL. ¡Separarnos á los tres meses!

BECH. Los hay que se separan mucho más pronto.

JUL. ¡Vaya! ¡vaya! Ni aun en broma, le tolero á usted esas ideas.

BECH. ¿No? ¡Cuánto lo siento!

CONDE. ¡Pero, calla! Si tiene usted en su mano el mismo entretenimiento.

BECH. ¿Yo?

CONDE. Cásese usted. Será una diversión.

BECH. Es la única diversión que me fastidia.

ESCENA VIII.

DICHOS y ANGELINA.

ANG. Apuesto cualquier cosa que están ustedes disponiendo el paseo de hoy.

JUL. En efecto.

BECH. Ya es hora de trasladarnos á nuestro famoso balcón.

ANG. Gracias. Yo no salgo.

BECH. ¿Cómo es eso?

ANG. ¡Dispensen ustedes; pero esa señora que acaba de marcharse, despertó en mi alma tan tristes recuerdos! Hemos hablado de mi madre. La conoció desde la infancia; ambas se amaban tiernamente, y hemos llorado juntas pensando en ella. ¿Qué quieren ustedes? Aunque hago lo posible por olvidar... la pena me ahoga...

¡y vamos! No quiero divertirme.

CONDE. Tu tristeza es muy natural, hija mía, y digna de respeto. Hace un instante, deseaba que salieras para darte noticias de... En fin, ya sabes...

ANG. ¿Eh?

CONDE. Pero renuncio á ello.

ANG. ¿Qué escucho? ¿Ocurre algo?

CONDE. Algo agradable.

BECH. Por lo mismo no debe usted ocultárselo. Las buenas noticias son bálsamo eficaz para endulzar las amarguras del alma!

ANG. ¡Habla! Explícate por Dios.

JUL. Según parece, el asunto quedó zanjado.

BECH. Terminaron los obstáculos.

ANG. ¡Cielos!

JUL. Su papá de usted me dió el encargo de arreglarlo todo.

BECH. Á mí, particularmente, señorita.

ANG. Pero... ¡Ah! Es decir que...

BECH. ¡Eso es!

ANG. ¡Oh! ¡Qué alegría, papá de mi alma! (Abrazándole.)

CONDE. ¿No te dije que confiaras en mí?

ANG. Yo no esperaba tan pronto... ¿Luego su mamá no se opone?

CONDE. De ningún modo.

ANG. ¡Qué señora tan buena!

CONDE. Dentro de pocos días regresaremos á París, y...

ANG. Cuando tú quieras. Yo estoy dispuesta á marcharme enseguida.

BECH. ¡Oh! juventud! ¡Amadas ilusiones, como llenais el corazón de gozo!

JUL. Por supuesto que yo seré la madrina.

BECH. Y yo el padrino.

CONDE. Usted lo quiere ser todo.

BECH. No, dispense usted. En tal caso querría ser el novio, y ya ve usted que ni siquiera lo pretendo.

ANG. Gracias, muchas gracias. Y sobre todo á tí que tanto me quieres y á quién debo mi felicidad.

ESCENA IX.

DICHOS y FELIPE.

FELIPE. ¡Hola! ¡hola! ¡Gran reunión!

JUL. Ven corriendo y sabrás la noticia.

FELIPE. Acabo de despedirla. Todo me lo ha contado.

BECH. (Á Felipe.) Te presento á una futura que pronto dejará de serlo.

ANG. ¡Oh!

CONDE. Sí, amigo mío: ya puedo publicar el próximo enlace de Angelina. Los pequeños obstáculos que retardaban su boda, han desaparecido, y en breve veremos colmados nuestros afanes.

FELIPE. Que sea enhorabuena.

BECH. ¿Conque decididamente no salimos hoy?

FELIPE. ¿Cómo que no? ¿Y las máscaras? ¿Y mis flores? ¡Después de haberme gastado un dineral!

JUL. Dice bien.

BECH. Sería un desprecio á su bolsillo.

CONDE. ¡Y hasta una falta de delicadeza!

ANG. ¡Ah! ¿Crees que el quedarse no sería delicado? Entonces vámonos.

TODOS. ¡Ah!

JUL. Enseguida.

ANG. Hoy le toca á usted servirme de camarera.

JUL. No hay deuda que no se pague.

ANG. Pronto terminamos.

JUL. Hasta luego. (Vánse.)

ESCENA X.

EL CONDE, FELIPE y BECHAMEL.

BECH. Sucedió lo que usted sin duda esperaba. La felíz noticia ha disipado las nieblas de su corazón. ¡Pobre niña!

CONDE. Hable usted. ¿Qué ha dicho?

FELIPE. Que muy pronto recibiré noticias del retiro donde inmediatamente se propone marchar. Apenas podía contener su emoción. Sus lágrimas salian esta vez del alma.

CONDE. ¡Por qué esta vez, amigo mío, batió en ella sus alas un ángel del cielo! En fin: no nos ocupemos de esa desgraciada.

BECH. Sí, sí, es lo mejor.

FELIPE. ¿Supongo que escribirá usted á Enrique?

CONDE. Voy á mandarle un telegrama con la nueva feliz,

FELIPE. ¿Quiere usted que vaya yo mismo en un momento?

CONDE. Cuatro palabras... Todo se arregló .. Las exigencias de su madre, aceptadas. Basta con eso.

FELIPE. Sí, sí. Vuelvo enseguida. (Vase.)

ESCENA XI.

EL CONDE, BECHAMEL y luego un CRIADO.

CONDE. ¡Gracias á Dios, puedo vivir tranquilo!

BECH. Y todo por la inspiración de usted. Sin esta decisiva entrevista no se hubiera salido nunca de dudas, ni de temores.

CRIADO. (Con una carta.) Señor Conde...

CONDE. ¿Qué es esto? De París. (Después de mirar el sobre. El Criado se marcha.) Letra de Enrique. ¿Me permite usted?

BECH. ¿Cómo no?

CONDE. ¿Qué es esto? ¡Jesús! (Empieza á leer y poco á poco denota su sorpresa. Abre una segunda carta, que contenía el sobre y la lee rápidamente.)

BECH. ¿Eh?

CONDE. Oiga usted. Oíga usted. Una desgracía mayor que las otras.

BECH. ¡Diablo!

CONDE. Amigo Conde .. Es de Enrique.

BECH. Adelante.

CONDE. «Remito á usted la última carta de mi madre. Por lo que en ella dice comprenderá usted mi dolor. Sin embargo, estoy decidido. Mi corazón no puede someterse á tan rudo combate. Si usted lo aprueba, contestaré lo que me dicta mi corazón. Soy libre, la amo, y uniré á la suya mi vida, sin su consentimiento.» Ahora la respuesta de la madre.

BECH. ¡Diablo, diablo!

CONDE. «Mi querido hijo: Acabo de saber por una persona que me merece entero crédito, y que no puede ni aun sospechar siquiera el interés que sus noticias debían inspirarme, que la condesa de Clermont abandonó la ciudad de Nápoles hace tiempo, y que recorre el Mediodía de la Francia comprometiendo en bailes y casinos el nombre de su marido. Esto, adorado hijo, destruye mis proyectos. Las condiciones que antes exigí para que tu enlace fuera posible, ya no me satisfacen La condesa prometería, y después faltaría á su promesa, usando su título y asociándonos á todas sus locuras y liviandades. No quiero arrostrar tal peligro. Participa mi decisión al Conde. y díle que si su esposa no existiera, me vería muy honrada, enlazando al suyo mi nombre: pero que de otro modo es imposible. Supongo todo lo que sufrirá tu corazón leyendo esta carta. Cree, querido hijo mío, que también el mío sufre mucho al escribirla.»

BECH. ¡Oh!

CONDE. ¡Haber arrostrado todos los peligros! Haber aceptado una entrevista cruel con la única esperanza de conseguir el triunfo... ¿Y para qué? Para obtenerle y perderle al propio tiempo. ¡Oh! ¡Pobre hija mía! ¡Desgraciada hija!

BECH. Advierto á usted que Enrique se halla decidido á contestar...

CONDE. ¡Basta! Esa contestación no puede darla. No la dará. Ni mi hija ni yo podemos entrar en su casa, sino alta la frente y firme la mirada.

BECH. Entonces...

CONDE. Ya sabe usted que mis determinaciones suelen ser rápidas y decisivas. Es preciso que Angelina lo sepa todo.

BECH. ¿Eh?

CONDE. ¿Para qué tanto sufrir en vano y tanto aguardar inútilmente? ¡Es lo mejor! ¡Angelina! ¡Hija mía!

BECH. Conde, reflexione usted...

CONDE. ¡Nada! ¡No quiero reflexionar! ¡Basta de fingimiento!

ESCENA XII.

DICHOS, ANGELINA y JULIETA.

Ambas con los sombreros en las manos.

ANG. ¿Llamabas, papá?

CONDE. Sí, tengo que hablar contigo de un asunto...

ANG. Dime: ¿por qué se ha reunido tanta gente delante de casa?

CONDE. ¿Eh?

JUL. Mire usted. Todo el mundo corre y parece agitado.

CONDE. Es verdad.

BECH. ¿Habrá sucedido alguna desgracia? (Vase.)

CONDE. (Mirando por la ventana.) ¿Una desgracia?

ESCENA XIII.

DICHOS y FELIPE.

FELIPE. Sí, señor Conde. ¡Una horrible desgracia!

TODOS. ¿Qué ocurre?

FELIPE. La... persona que... estaba aquí hace rato...

ANG. ¿La amiga de mi madre?

CONDE. Acabe usted.

FELIPE. Se había embarcado en una lancha... según cuentan para trasladarse... no sé adónde, cuando de repente se arrojó al mar.

TODOS. ¡Oh!

FELIPE. En un momento la arrastraron las olas, y en vano los del bote quisieron salvarla. Su cuerpo acaba de estrellarse contra las rocas de la Reserva.

JUL. ¡Qué horror! (Pausa.)

ANG. ¡Como mi pobre mamá! (Cae sobre el sofá. Silencio.)

ESCENA XIV.

DICHOS y BECHAMEL.

FELIPE. Esos hombres me han preguntado donde debían depositar el cadáver de la infeliz señora que al fin lograron sacar á tierra, y yo les he dicho que la conduzcan á uno de esos salones.

CONDE. Gracias. Que Dios la haya acogido en el seno de su misericordia. Ha hecho por su hija cuanto pudo hacer.

BECH. Allí está. (Abriendo la puerta de la izquierda.)

CONDE. ¡Oh!

ANG. ¡Padre mío! (Levantándose. El Conde la detiene.) Quisiera suplicarte... Esa pobre señora... tan buena hace un momento para mí... Permíteme que rece á su lado.

CONDE. Pero...

ANG. Yo te lo ruego, papá. ¡Yo te lo ruego!

CONDE. ¡Pues bien, hija mía! Vamos á rezar juntos. (La coge medio abrazada y se dirigen ambos hacia la izquierda.)

FIN DEL DRAMA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

¡No me siga usted! . . . . . Comedia en un acto.
El viejo Telémaco. . . . . Zarzuela en dos actos.
Sensitiva. . . . . Zarzuela en dos actos.
El violinista. . . . . Zarzuela en un acto.
¡Adios mi dinero!. . . . . Zarzuela en un acto.
La vida en un tris. . . . . Zarzuela en un acto.
Las multas de Timoteo. . . . . Comedia en un acto.
Descarga de artilleria. . . . . Comedia en un acto.
Por huir del vecino. . . . . Juguete cómico en un acto.
Pirlimpimpin 1.°. . . . . Zarzuela bufo-fantástica en 2 actos
Lola. . . . . Zarzuela en dos actos.
Se dan casos. . . . . Zarzuela en un acto.
Un nuevo Quintiliano. . . . . Comedia en un acto.
La copa de plata . . . . . Zarzuela en dos actos.
Lo sé todo. . . . . Juguete cómico en dos actos.
Fausto. . . . . Parodia en dos actos (de la óp.)
La casa de locos. . . . . Zarzuela en un acto.
Dar en el blanco. . . . . Comedia en tres actos.
Me es igual. . . . . Juguete cómico en un acto.
El forastero. . . . . Juguete cómico en tres actos.
El fogon y el ministerio. . . . . Juguete cómico en un acto.
Valiente amigo! . . . . . Juguete en dos actos.
La ley del mundo.. . . . . Comedia en tres actos.
Las cerezas. . . . . Juguete cómico en tres actos.
Compuesto y sin novia. . . . . Zarzuela cómica en tres actos.
Arda Troya.. . . . . Juguete cómico en tres actos.
La dulce alianza. . . . . Juguete cómico en tres actos.
La gacetilla del año. . . . . Revista en un acto.
Los dominós blancos . . . . . Comedia en tres actos.
El año sin juicio. . . . . Revista.
Cambiar de colores. . . . . Comedia en un acto.
El doctor Ox.. . . . . Zarzuela en 3 actos y 6 cuadros.
Los Madriles.. . . . . Zarzuela en dos actos.
Amapola... . . . . Zarzuela cómica en tres actos.
El Chiquitin de la casa. . . . . Comedia en tres actos.
El empresario de Valdemorillo. . Zarzuela en dos actos. (Segunda parte de los Madriles.)
El diablo cojuelo. . . . . Revista en tres actos.
Esto, lo otro y lo de más allá. . Revista en un acto.
El dinero en la mano . . . . . Comedia en dos actos.
El caballo blanco . . . . . Juguete cómico en dos actos.
Historias y cuentos. . , ... Zarzuela en dos actos.

LAS DOS PRINCESAS.	Zarzuela en tres actos.
DIMES Y DIRETES.	Juguete cómico en un acto.
EL PAÑUELO DE YERBAS.	Zarzuela cómica en dos actos.
ÓDIEME USTED, CABALLERO! . . .	Juguete cómico en dos actos.
DOS HUÉRFANAS.	Zarzuela en tres actos, siete cuadros.
¡¡YA SOMOS TRES!!.	Juguete cómico-lírico en un acto.
¡Á SANGRE Y FUEGO!	Juguete cómico-lírico en un acto.
EL CORREGIDOR DE ALMAGRO. . .	Zarzuela cómica en tres actos.
¡AQUÍ, LEON!	Juguete lírico en un acto.
EL ESPEJO.	Comedia en tres actos.
ARMAS AL HOMBRO.	Juguete cómico-lírico en un acto.
¡EH! ¡Á LA PLAZA!	Revista en un acto.
LIBRE Y SIN COSTAS.	Juguete cómico en un acto.
LAS TRES JAQUECAS.	Comedia en tres actos.
VIAJE Á SUIZA.	Veraneo cómico-lírico en tres actos.
EL PAIS DE LAS GANGAS.	Revista en un acto.
LAS MIL Y UNA NOCHES.	Cuento fantástico en tres actos.
CURARSE EN SALUD.	Proverbio en dos actos.
LA MISA DEL GALLO.	Apropósito cómico lírico en un acto.
ELLOS Y NOSOTROS.	Cuadro cómico-lírico en un acto.
MADRID-ZARAGOZA-ALICANTE. . .	Juguete cómico en un acto.
LA TABERNA...	Melodrama en tres actos.
LA COLA DEL GATO.	Comedia de mágia en tres actos.
PARA CASA DE LOS PADRES. . . .	Juguete cómico-lírico en un acto.
VESTIRSE DE LARGO.	Juguete en un acto.
LA DUCHA	Juguete cómico en tres actos.
LA FERIA DE SAN LORENZO.	Zarzuela cómica en tres actos.
AGUA y CUERNOS.	Apropósito en un acto.
EL MILAGRO DE LA VÍRGEN. . . ,	Zarzuela en tres actos.
LOS FUSILEROS	Zarzuela en tres actos.
LA DIVA.	Zarzuela en un acto y dos cuadros.
NINICHE.. . . ,.	Opereta cómica en dos actos.
MÚSICA! ¡MÚSICA!	Opereta en un acto.
CASTILLOS EN EL AIRE.	Zarzuela en dos actos.
LA VIDA MADRILEÑA	Zarzuela en un acto y dos cuadros.
JUEGOS ICARIOS	Zarzuela cómica en un acto.
Á CASA CON MI PAPÁ	Comedia en tres actos.
EL TEATRO NUEVO.	Pasillo en un acto.
LA FIESTA DE LA GRAN VÍA . .	Revista cómica-lírica-teatral.
YO Y MI MAMÁ.	Apropósito en un acto.
TIPLE EN PUERTA.	Juguete cómico-lírico en un acto.
20 CÉNTIMOS.	Juguete cómico en tres actos.
AGUAS AZOTADAS.	Juguete cómico-lírico en un acto.
MAM'ZELLE NITOUCHE.	Zarzuela en dos actos.
ODETTE.	Drama en tres actos..
EXPOSICION UNIVERSAL. . , ...	Revista en un acto.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle de San Martín, 2; de los *Sres. Esribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12; y de *González é hijos*, Puerta del Sol, 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACIÓN.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, **PARIS**. PORTUGAL; *D. Juan M. Valle*; Praça de D. Pedro. **LISBOA** y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardin, **PORTO**. ITALIA: *Cav. Ermete Novelli*.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.